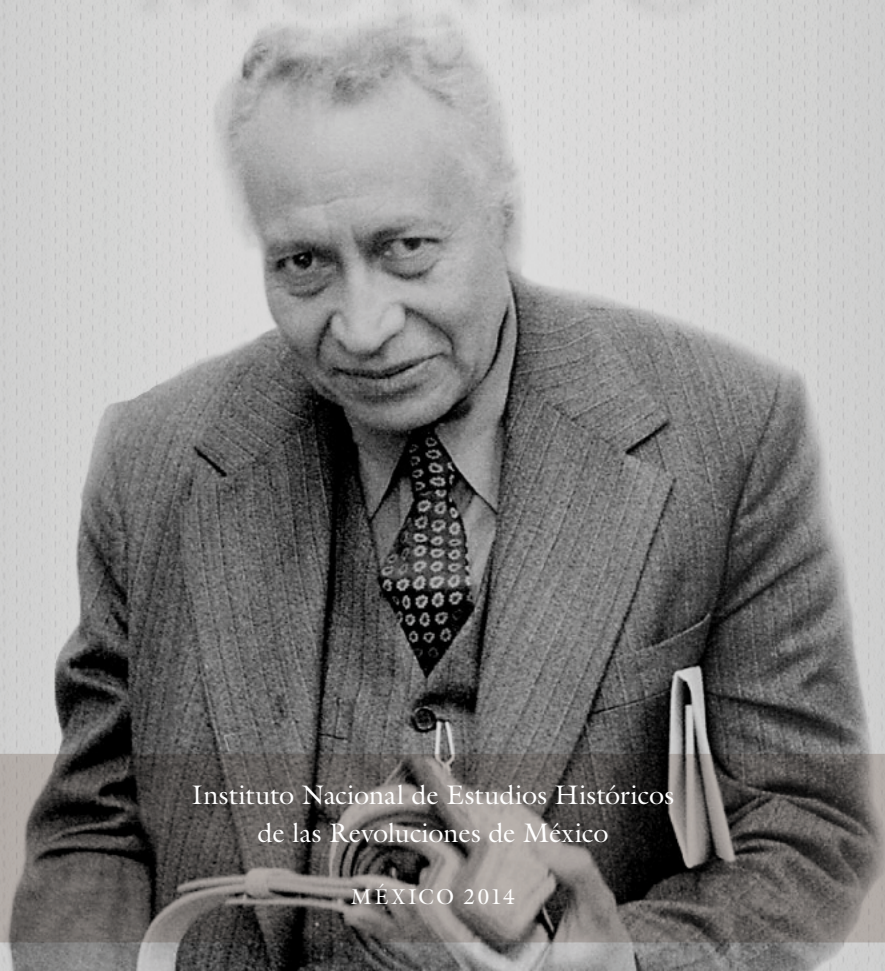


HOMENAJE AL  
MAESTRO MARTÍN QUIRARTE  
EN SU XC ANIVERSARIO

# *C*ARTAS DESDE EL *M*UNDO



Instituto Nacional de Estudios Históricos  
de las Revoluciones de México

MÉXICO 2014

MARTÍN QUIRARTE RUIZ nació en Guadalajara, Jalisco, el 11 de noviembre de 1923. Maestro en Historia por la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, llevó cursos de especialización en el Instituto de Cultura Hispánica de Madrid y de metodología histórica en Francia. Impartió clases en la Escuela Nacional Preparatoria, el Instituto Patria y la Facultad de Filosofía y Letras. Fue investigador huésped en el Instituto Nacional de Antropología e Historia y subdirector de biblioteca y archivo de la Secretaría de Relaciones Exteriores. Colaborador asiduo en el suplemento *Diorama de la cultura* del periódico *Excélsior*, publicó valiosos estudios introductorios sobre historia política mexicana. Entre sus libros se cuentan *Visión panorámica de la historia de México*, *Relaciones entre Juárez y el Congreso*, *Historiografía sobre el Imperio de Maximiliano*, *Gabino Barreda*, *Justo Sierra y el Ateneo de la Juventud*. En el instante de su muerte, el 13 de marzo de 1980, era miembro del Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM.

HOMENAJE AL  
MAESTRO MARTÍN QUIRARTE  
EN SU XC ANIVERSARIO

# CARTAS DESDE EL MUNDO

HOMENAJE AL  
MAESTRO MARTÍN QUIRARTE  
EN SU XC ANIVERSARIO

# CARTAS DESDE EL MUNDO



SECRETARÍA DE EDUCACIÓN PÚBLICA

**Secretario de Educación Pública**  
Emilio Chuayffet Chemor

**Subsecretario de Educación Superior**  
Fernando Serrano Migallón



INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS  
HISTÓRICOS DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO

**Directora General**  
Patricia Galeana

**Consejo Técnico Consultivo**  
Fernando Castañeda Sabido, Luis Jáuregui,  
Álvaro Matute, Érika Pani, Ricardo Pozas Horcasitas,  
Salvador Rueda Smithers, Adalberto Santana Hernández,  
Enrique Semo, Mercedes de Vega Armijo  
y Gloria Villegas Moreno.



INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS  
HISTÓRICOS DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO

México, 2014

Cartas desde el mundo : homenaje al maestro Martín Quirarte en su XC aniversario. -- Primera edición. -- México, D.F. : Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, 2014. 104 páginas : ilustraciones ; 23 cm.

ISBN 978-607-9419-00-4

Quirarte, Martín. 2. Quirarte, Martín – Correspondencia. 3. Historiadores – México – Biografía. 5. México – Historia – Siglo XX. I. Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México.

928.61-scdd21

Biblioteca Nacional de México

D.R. © Primera edición, INEHRM, 2014.

ISBN: 978-607-9419-00-4, *Cartas desde el mundo*.

Queda prohibida la reproducción, publicación, edición o fijación material de esta obra en copias o ejemplares, efectuada por cualquier medio ya sea impreso, fonográfico, gráfico, plástico, audiovisual, electrónico, fotográfico u otro similar sin la autorización previa del Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, titular de los derechos patrimoniales.

D.R. © Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México (INEHRM)  
Francisco I. Madero núm. 1, San Ángel,  
Del. Álvaro Obregón, México 01000, D. F.

www.inehrm.gob.mx

*Impreso y hecho en México*

## CONTENIDO

Martín Quirarte	
Patricia Galeana .....	9
Mis primeros contactos con el maestro Martín Quirarte	
Raúl Figueroa Esquer .....	15
En la calle de Zacatecas	
Eusebio Ruvalcaba .....	17
Una personalidad conmovedoramente humana	
Arturo Delgado González .....	19
Visión panorámica de la historia de México	
José N. Iturriaga de la Fuente .....	25
Un mundo de libros	
Martha Martínez González .....	29
Paradigma y pasión	
José Rubén Romero Galván .....	35

Testimonio y fiel recuerdo

María Elisa García Barragán Martínez ..... 39

Carta a Vicente Quirarte

José de Santiago Silva ..... 43

Homenaje a Martín Quirarte

Patricia Galeana ..... 47

Martín Quirarte: *Cartas desde el mundo*

Vicente Quirarte ..... 53

•



Martín Quirarte, 1980.

# MARTÍN QUIRARTE

Patricia Galeana

INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS  
DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO



Instituto Patria, ca. 1957.

La obra que el lector tiene en sus manos es fruto de la admiración y aprecio que hacia el maestro Martín Quirarte tuvieron sus familiares, alumnos y amigos. Herederos de su incansable vocación académica, en noviembre de 2013 se dieron cita en el Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México para rendirle un sentido homenaje, a 90 años de su nacimiento<sup>1</sup>.

El historiador, originario de Guadalajara, Jalisco, se formó en el colegio de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras de nuestra Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) en la década de los cuarenta, cuando aún se encontraba en Mascarones, en el Centro Histórico de la capital. Fue catedrático en la Escuela Nacional Preparatoria y en la Facultad de Filosofía y Letras, hasta su muerte. Fue también investigador del Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM, donde dio a luz la mayoría de sus obras. Entre ellas destacan: *Hernán Cortés ante la juventud* (1949); *Carlos Pereyra. Caballero andante de la historia* (1952); *Francisco Alonso de Bulnes* (1963); *Visión panorámica de la historia de México* (1965); *El problema religioso en México* (1967); *A cien años del triunfo de la República* (1967);

<sup>1</sup>12 de noviembre de 1923-13 de marzo de 1980.

*Gabino Barreda, Justo Sierra y el Ateneo de la Juventud* (1970); *Historiografía sobre el Imperio de Maximiliano* (1970); *Relaciones entre Juárez y el Congreso* (1973), e *Historia Moderna y Contemporánea* (1993).

La presente publicación consta de dos partes: la primera contiene los textos de sus discípulos y la segunda una selección de su correspondencia elaborada por su hijo Vicente, que nos permite acercarnos a nuestro homenajeado desde una perspectiva más íntima.

Iniciamos con la participación de Raúl Figueroa Esquer, quien evoca con aprecio la primera vez que llegó a sus manos una obra de don Martín. Con la *Visión panorámica de la historia de México*, le transmitió su “afán de entender a los próceres conservadores [y] su admiración por nuestros liberales, sobre todo por Benito Juárez”. Refiere la vehemencia del maestro en el salón de clases, que contrasta con “la serenidad de sus escritos”, destaca lo equilibrado de la prosa quirartiana. Figueroa rememora el afecto que el maestro tenía por sus discípulos, sus paseos con él por el parque Luis Cabrera y la hospitalidad de que fue objeto en su casa.

Posteriormente, Eusebio Ruvalcaba describe al maestro como un ser apasionado de gran sensibilidad. Refiere el tiempo en que fue asistente de don Martín y cómo todas las tardes se dirigía con emoción a la “casa-biblioteca” del maestro, donde “imperaba el código de honor”. Tuvo la oportunidad de convivir con quien le recordaba a su padre fallecido: “hombres forjados en la fragua de la incomplicencia [que] no daban su brazo a torcer por los molinos de viento que agitan las aguas turbias de la mediocridad humana”.

En el tercer texto, Arturo Delgado González evoca sus años de alumno en la Facultad de Filosofía y Letras. Describe la atención que el maestro Quirarte daba a las preguntas de sus estudiantes y sus claras disertaciones “ecuanímes, aderezadas de interesantes anécdotas sobre pensadores, escritores y políticos destacados”. Hace un recorrido por las obras del maestro que

más influyeron en su formación profesional. Para finalizar, Delgado destaca el espíritu noble y generoso de don Martín que “se manifestaba a través de admirables actitudes: compartir su tiempo con los tesisistas [...]; facilitar los libros de su biblioteca; obsequiar de los que tenía varios ejemplares; atender inquietudes académicas y darles respetuosamente cauce; confiar y transmitir sus desvelos intelectuales a quienes consideraba cercanos; tender su mano bondadosa sin ninguna cortapisa; ver con simpatía y alentar el trabajo profesional de sus alumnos”.

Por su parte, José N. Iturriaga de la Fuente reflexiona sobre la extraordinaria capacidad de síntesis de Martín Quirarte, de la que hizo gala en su libro *Visión panorámica de la historia de México*, modelo de precisión y objetividad, que constituye un verdadero prontuario de la historia nacional. Iturriaga no sólo pondera su calidad académica, sino literaria, pues “su lectura es tan fluida y amena, que [...] esta obra es disfrutable por cualquier lector, aún ajeno a las lides de la historia”.

Martha Martínez González, después de hacer una breve biografía del maestro, aborda una de sus características esenciales: su amor por los libros. Además de atesorar una extensa biblioteca donde se encontraban obras fundamentales de la historiografía nacional, nos describe cómo su devoción por los libros se traducían también en un apasionado interés por las labores editoriales, desde el estilo literario hasta su impresión y encuadernación: “Hablábamos sobre el desarrollo de la tipografía y de la litografía en el siglo XIX, de la calidad y belleza de las ediciones de Ignacio Cumplido [...]; de las de Ballescá y Compañía y de las de Manuel Murguía; de las populares ediciones de Andrés Botas [...]; de las misiones culturales de Vasconcelos con la edición de los clásicos y la de fomento a la lectura de Jaime Torres Bodet con la Biblioteca Enciclopédica Popular”. Por último, la autora resalta la labor docente de don Martín, quien enseñó a sus alumnos a “ser ponderados y justos, buscar la equidad, la imparcialidad y la verdad histórica”.

A continuación, José Rubén Romero Galván recuerda cómo el maestro Quirarte enseñaba a sus alumnos a aproximarse a las fuentes de forma crítica, para poder “arrancarles” los elementos que les permitieran comprender a cabalidad los procesos históricos. Resalta su enorme capacidad para sacar “apreciaciones justas, profundas y reveladoras” de los textos que se convertían en su objeto de estudio. Romero Galván recuerda la fascinación de don Martín por el idioma y cultura francesas; su notable “conocimiento de la gramática y la fonética (...) así como la fluidez con la que se expresaba”.

Elisa García Barragán recuerda el interés bibliófilo del historiador y su búsqueda de fuentes originales. Refiere la “estrecha amistad intelectual” del maestro Quirarte con su padre, con quien compartía su gusto por autores españoles y franceses tales como Víctor Hugo, Buadelaire, Azorín y los Poetas Malditos, entre otros. García Barragán termina su participación reiterando que en los cursos de don Martín: “magisterio y amistad formaron desde el primer momento un todo inseparable”.

En la “Carta a Vicente Quirarte”, José de Santiago Silva escribe emotivamente a Vicente, hijo del maestro, sobre la profunda admiración que profesaba a su padre. En esta misiva cuenta cómo fue que conoció a don Martín mientras era subdirector en el Museo Nacional de Historia. El maestro había ido a dicho repositorio en busca de “un manuscrito autógrafo” sobre Maximiliano de Habsburgo, Miguel Miramón o Tomás Mejía, “redactado poco antes de la ejecución”. Producto de ese encuentro, el autor comenzó una relación de amistad con el maestro, con quien coincidió en la Facultad de Filosofía y Letras, donde se contagió de “su celo por la investigación y docencia”, admirando siempre la ponderación y profundidad reflexiva de sus escritos.

Cierra esta primera parte del libro con mi propio homenaje al maestro. En él procuré expresar todo lo que significó para mí desde que fui su alumna, después su adjunta y su discípula, hasta que, al fin de sus días, me confiaba la angustia que le pro-

vocaban las páginas en blanco en sus noches de insomnio. Su pasión por la historia y por los libros lo llevó a tener la biblioteca más completa sobre nuestro siglo XIX. La más completa y la más hermosa, pues él mismo encuadernaba amorosamente cada volumen. No alcanzan estas páginas para expresar mi aprecio por mi querido maestro al maestro, baste señalar que fue el historiador que dio al periodo la Reforma, la Intervención Francesa y el Segundo Imperio, el lugar que le corresponde como tiempo eje de México. Fue un padre intelectual que nos legó una obra ejemplar y lecciones de vida imperecederas.

La segunda parte del libro, las cartas del maestro Quirarte a su esposa, se encuentran precedidas de la presentación de su hijo Vicente. En ella recuerda un viaje a Londres con su padre; esboza el epistolario en el que el maestro vierte sus preocupaciones de joven padre y esposo, y sus inquietudes intelectuales.

Estas cartas denotan su extraordinaria capacidad de observación: dibuja las calles de la Habana, los grandes edificios de Nueva York, el viaje interoceánico a Europa, el frío invierno de París y la belleza de las ciudades italianas, pero no se limita a describir el paisaje: el maestro refiere también el carácter de sus gentes, ligándolo a su historia.

En estos textos se mezclan también sus lecturas, su pasión por los libros, su amor por el estudio, su admiración y entrega por el idioma francés, sus apreciaciones estéticas, sus vicisitudes cotidianas y su nostalgia por el hogar. Este epistolario nos acerca no sólo al intelectual, sino al ser humano excepcional que fue el maestro Quirarte.

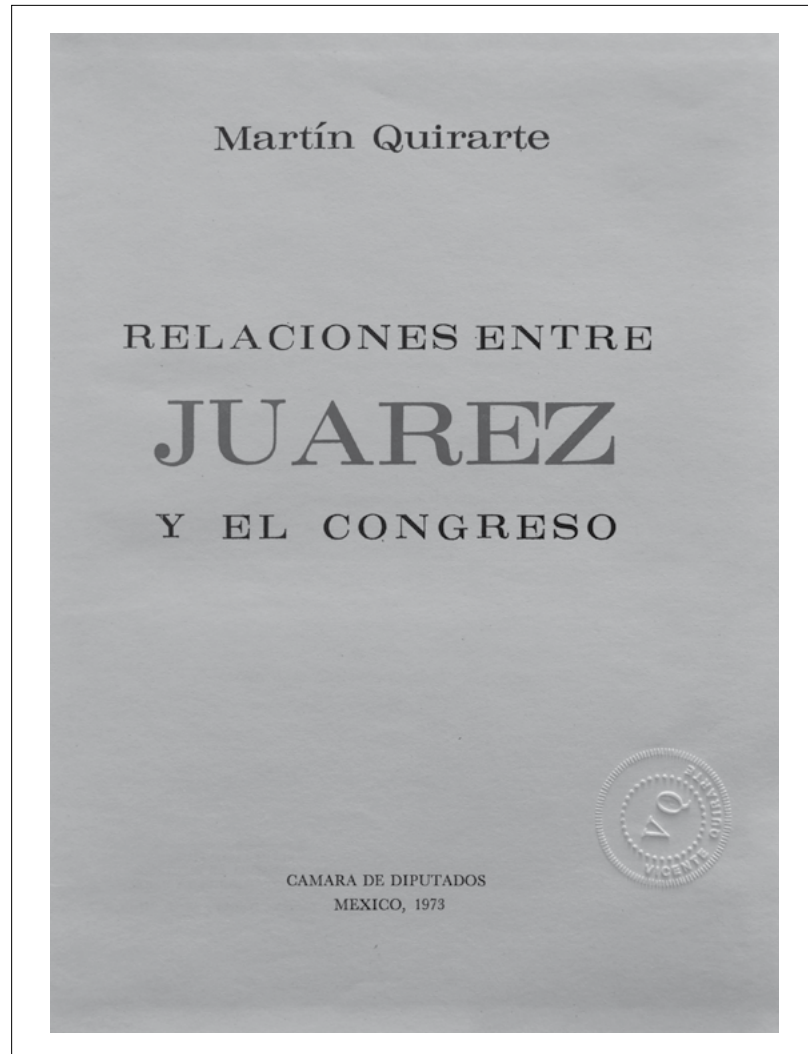
Agradecemos a la familia del maestro habernos permitido publicar sus cartas, en especial a Vicente con fraternal cariño, su valiosa intervención hizo posible la edición de esta obra.





## MIS PRIMEROS CONTACTOS CON EL MAESTRO MARTÍN QUIRARTE

Raúl Figueroa Esquer



Para relatarles a todos ustedes mi primer conocimiento que tuve del maestro Martín Quirarte, tengo que retroceder a 1971. En el verano de ese año preparaba yo mi ingreso a la Universidad Nacional Autónoma de México. Había vencido mis escasas dudas que tenía para ingresar a la licenciatura en Historia.

Fue entonces, cuando de manera fortuita, llegó hasta mis manos el libro de don Martín: *Visión panorámica de la historia de México*. Para mí, que sólo había conocido la historia de México desde posturas antagónicas, la del jacobino Alfonso Toro y la del clerical Carlos Alvear Acevedo, la lectura del libro de Quirarte fue toda una revelación.

Me entusiasmaba su equilibrio, el afán de entender a los próceres conservadores, su admiración por nuestros liberales y sobre todo al personaje histórico conocido como Benito Juárez.

Su prosa siempre fue seductora, pero lo fue sin duda más para un impresionable joven de 18 años.

Por supuesto que pasé el examen de admisión.

Al año siguiente, en 1972, cursando el segundo semestre de Historia, conocí personalmente al maestro. Fue motivado por un trabajo que estaba preparando para el curso de Métodos y Técnicas de la Investigación Histórica; el profesor del mismo, me condujo hacia la asesoría del maestro Quirarte. Mi trabajo versaba sobre “Las relaciones entre la Iglesia y el Segundo Imperio”.

Don Martín, después de conocerlo personalmente, a la salida de su clase de Comentarios de Textos, me dio cita en su casa en la calle de Zacatecas, en la Colonia Roma. Hasta allí fui y me obsequió un ejemplar de su *Historiografía sobre el Imperio de Maximiliano*, llena de anotaciones suyas.

Dos años más tarde, en 1974, tuve la fortuna de llevar con el maestro los dos semestres del curso Reforma, Intervención Francesa e Imperio. El grupo de mis compañeras y compañeros era formidable, inolvidable. Otra fortuna fue conocer a la profesora adjunta, la joven historiadora Patricia Galeana, quien estaba trabajando bajo la guía de don Martín sobre su tesis de licenciatura. Investigación que años después constituyó un sólido libro.

Durante el curso leímos como texto *El problema religioso en México*, obra también de Martín Quirarte. Para entonces yo ya había leído sus estupendos prólogos a Francisco de Arrangoiz y Berzábal, *México de 1808 a 1867*, y a José María Iglesias, *Revistas históricas sobre la Intervención Francesa en México*.

Don Martín era un historiador vehemente en su forma oral, sereno en sus escritos. Era sumamente hospitalario en su casa y en invitar a sus discípulos a comer o a pasear por el parque Luis Cabrera, cercano a su domicilio.

Fueron tantas sus cualidades que yo sólo quiero resaltar una última. Nos enseñaba a valorar y admirar a sus propios discípulos. Escuché muchos comentarios elogiosos sobre Patricia Galeana, sobre Arturo Delgado, sobre José Guadalupe Victoria, sobre Enrique García Moisés, sobre varios más que desgraciadamente olvido.

Resulta obvio declarar que todos los estudios y libros de los citados condiscípulos los leí con el fervor provocado amablemente por don Martín.

Para concluir, creo que la historia de México le debe mucho a don Martín Quirarte Ruiz. Este homenaje sólo debe ser el comienzo de una revalorización completa de su obra.

## EN LA CALLE DE ZACATECAS

Eusebio Ruvalcaba

**D**esde que me dirigía a la calle de Zacatecas en la Colonia Roma, mi corazón se inflamaba.

Yo era un hombre joven, y mi padre, el maestro violinista don Higinio Ruvalcaba, tenía escasos años de muerto. De pronto me percataba de que mis pasos caminaban aceleradamente. Más veloces aun de lo que solía caminar. Como si fuera yo a la búsqueda del padre. Esto acontecía todos los días por la tarde, en los que el tramo entre mi domicilio, en la calle de Monterrey esquina con Baja California, y la casa biblioteca de maestro Martín Quirarte, semejava una cuadrícula de un milímetro por lado en la cartografía citadina.

Admiraba yo al maestro Martín Quirarte, pero no sólo por su investidura de altísimo historiador sino por su pasión, esa hombría suya que se desparramaba en todo lo que miraba, en todo lo que tocaba, en todo lo que afectaba su corazón. Generoso, me había ofrecido trabajo. Necesitaba un asistente. Y yo era ese. Cumplía mi trabajo con decoro. O cuando menos esa idea tuve siempre. En su casa, imperaba el código de honor. De pronto, veía de lejos a sus hijos Ignacio, Vicente, Javier, a su señora —que tan amablemente me ofrecía de comer, aunque yo denegara tal gentileza—, a sus hijas. Sentía a través de su familia correr la sangre del maestro.

Porque, ¡vaya que don Martín Quirarte parecía estallar a cada momento! Por lo que fuera. Porque la belleza lo acometía a través de una mujer avistada en el lugar y el instante menos esperado. Porque la injusticia lo desquiciaba, sobre todo cuando venía envuelta en su paquete de aparente bondad. Porque la esmerilada prosa lo hacía suyo como un traje a la medida.

Yo veía en el maestro algo de mi padre. Y girando mi memoria en sentido inverso, veía en mi padre algo del maestro. Genios de vigor desusado, eran hombres forjados en la fragua de la incomplicencia. No daban su brazo a torcer por los molinos de viento que agitan las aguas turbias de la mediocridad humana. Hombres así no son recomendables. Hacen quedar mal las buenas conciencias.

Como a varios de los que estamos aquí, la sola evocación del maestro Martín Quirarte me inquieta. Y cómo iba a ser de otro modo, si cada palabra suya es clara manifestación de un hombre libre.

•

## UNA PERSONALIDAD CONMOVEDORAMENTE HUMANA

Arturo Delgado González

**P**ara el que esto escribe, un maestro es quien inspira vocaciones y valores éticos, quien estimula inquietudes y señala rumbos, quien acompaña y deja una huella imborrable en la formación de sus alumnos. Ello es lo que representa la figura de mi mentor, don Martín Quirarte.

Durante mi estancia como estudiante de la licenciatura en el Colegio de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras de nuestra Casa Grande, la Universidad Nacional Autónoma de México, se plasma perdurable el inicio de 1968, año parteaguas en la historia política y cultural del México contemporáneo. En ese momento, me encuentro como alumno del maestro Quirarte en la asignatura La Reforma, la Intervención Francesa y el Imperio de Maximiliano. Su gran estatura física, intelectual y moral, que pude percibir desde el primer instante, la fuerte convicción laica de su pensamiento, el timbre sonoro, modulado y vehemente de su voz, así como su mirada penetrante, causaron en mí una profunda e inmediata impresión. Así surgiría una fuente nutricia en mi formación profesional, envuelta de una amistad generosa sin reservas que el maestro espontáneamente brindaba, y el fiel recuerdo de esa personalidad conmovedoramente humana que él irradiaba.

Después del desenlace trágico y doloroso del movimiento estudiantil del 68, en el cual tuve el privilegio de participar

como integrante de la brigada Benito Juárez, culminé, a principios del 69 un segundo curso en la misma asignatura que impartía el maestro Quirarte. Durante el mismo, continuamos con la lectura y el análisis del portentoso trabajo de interpretación histórica de don Justo Sierra: *Juárez su obra y su tiempo*, que nos permitió a los asistentes tener una visión de conjunto del contexto político de nuestro agitado siglo XIX en el que se fijaron las bases del moderno Estado nacional, gracias al esfuerzo titánico de la brillante generación de los hombres de la Reforma, encabezada por la clarividencia y el temple liberales de don Benito Juárez.

Cada sesión con el maestro Quirarte tenía como dinámica la participación y preguntas de los alumnos que él escuchaba atentamente, seguidas de sus disertaciones claras y ecuanímes, aderezadas de interesantes anécdotas sobre pensadores, escritores y políticos destacados. Cabe mencionar que en esos cursos me adentré en la lectura de los libros de su autoría: *Visión panorámica de la historia de México* y *El problema religioso en México*, ejemplos de síntesis integral de gran alcance, ponderación intelectual y pulcra confección escrita. A la vez, y con la motivación despierta, me acerqué a los especializados estudios que el maestro dedicó a José María Iglesias, Francisco de Paula de Arrangoiz, Francisco Bulnes y Carlos Pereyra. Poco después conoceríamos su obra *Historiografía sobre el Imperio de Maximiliano*, valioso modelo de investigación y análisis historiográfico de una época, cuyo triunfo republicano fue definitorio en la forja de la Nación Mexicana.

En la segunda mitad del año 69 me hallaba inscrito en otra de las cátedras que impartía el maestro Quirarte, Comentarios de Textos, materia de la que tomé otro curso al empezar 1970. Ello respondía a la necesidad de proseguir la línea de interés formativa que el maestro me había sensibilizado y al parecer de asistir a una clase cuyo ambiente me resultaba familiar. En ese contexto conocemos y comentamos su extraordinario ensayo que acababa de publicarse: *Gabino Barreda, Justo Sierra y el*

*Ateneo de la Juventud*. Por cierto, aún conservo, con mucho afecto, las boletas de calificaciones de cada curso que llevé con el maestro, estampadas con su letra manuscrita de buen tamaño y su predilecto color violeta de la tinta de su pluma fuente que utilizaba. Fue precisamente en Comentarios de Textos donde se da un nuevo salto en mi formación: Al examinar los ensayos reunidos por Martín Luis Guzmán bajo el título de *La querrela de México. A orillas del Hudson*, escritos en edad temprana por quien sería una de las plumas más relevantes de las letras mexicanas de la época posrevolucionaria, descubrí el tema que sería mi tesis de licenciatura: *Martín Luis Guzmán y su sentido de la mexicanidad*.

La cafetería que existía en la Biblioteca Central fue el lugar donde el maestro Quirarte afablemente me invitó para exponer mi proyecto. Luego de escucharme, afirmó complaciente: “Delgado, puede realizarse una tesis decorosa”. A partir de ese momento transcurrieron casi cuatro años en los que, de manera periódica, recibí del maestro enriquecedoras lecciones culturales, teniendo como cede su casa ubicada en la calle de Zacatecas 142-A de la Colonia Roma, donde recibí una fina y amable atención de su esposa doña Luz y de sus hijos Nacho, Vicente (en su transición de joven preparatoriano a alumno de la Facultad de Filosofía y Letras), Javier, Gloria y Susana. El ámbito de trabajo era su biblioteca, colmada de libros en disposición muy ordenada y bellamente encuadernados.

Las sesiones se convirtieron en una especie de seminario personalizado, en el que pude escuchar del maestro certeras y equilibradas reflexiones acerca de la obra de agudos pensadores como José Vasconcelos o de historiadores y escritores de la talla de José C. Valadés, e incluso tener el disfrute de oírlo pronunciar, en una hermosa entonación del idioma francés, fragmentos literarios de distintos autores. Pero también en varias de esas sesiones fui receptivo a sus preocupaciones y angustias con respecto a temas y trabajos pendientes, a su lucha constante por la forma literaria, elegante y precisa, o bien,

a la intranquilidad de su conciencia por el apremio que antecede a una nueva publicación, como fue el caso de otro de sus importantes estudios que tanto apasionaron: *Relaciones entre Juárez y el Congreso*.

Su espíritu noble y generoso, cualidades innatas al ser humano del maestro Quirarte, se manifestaba a través de admirables actitudes: compartir su tiempo con los tesisistas a los que asesoraba, como a una distinguida persona a quien tuve el gusto de saludar por vez primera, la doctora Patricia Galeana; facilitar libros de su biblioteca; obsequiar de los que tenía varios ejemplares; atender inquietudes académicas y darles respetuosamente cauce; confiar y transmitir sus desvelos intelectuales a quienes consideraba cercanos; tender su mano bondadosa sin ninguna cortapisa; ver con simpatía y alentar el trabajo profesional de sus alumnos. Desde que me incorporé como profesor fundador del plantel Oriente del Colegio de Ciencias y Humanidades, en abril de 1972, donde nuestra primera coordinadora del Área Histórico-Social fue la doctora Gloria Villegas, la imagen ejemplar del maestro Quirarte ha sido una guía imprescindible de mi quehacer docente.

En mayo de 1980, a dos meses exactos de la ausencia física de nuestro entrañable maestro, tuve el honor de participar en el ciclo de conferencias “Escritores mexicanos del siglo XX”, organizado por el Departamento de Humanidades de la Dirección General de Difusión Cultural de la UNAM. Me correspondió referirme a la asombrosa actividad creadora de José C. Valadés, “hombre de acción y de pensamiento”, según decía el maestro Quirarte, quien le profesaba una inmensa admiración y lo consideraba una de las voces más autorizadas de la historiografía mexicana. Las enseñanzas del maestro fueron como un haz luminoso que me permitió abordar el honroso compromiso.

Concluyo este breve y sincero testimonio de gratitud inextinguible parafraseando a Martín Luis Guzmán al valorar la trascendencia de la vida y obra de don Justo Sierra: “(..) quien quiera conocer a [don Martín Quirarte] (...) habrá que ir jun-

tando hoja por hoja y tallo por tallo en el huerto de su vida fecunda”. Pienso que tan noble tarea la ha cumplido con creces el doctor Vicente Quirarte en su libro magistral *La invencible*, su “testamento literario”, como él mismo lo ha expresado.



# VISIÓN PANORÁMICA DE LA HISTORIA DE MÉXICO

José N. Iturriaga de la Fuente



Credencial de la UNAM.

Los grandes eruditos de la historia han acostumbrado escribir prolifas y trascendentes obras, y así tenemos, en el caso mexicano, libros ya consagrados acerca de cada una de nuestras sucesivas etapas temporales, a veces con una especialización todavía mayor. Desde luego, de la mano con la especificidad suele ir el tamaño, con frecuencia voluminoso. Tales obras son fuente obligada de consulta para quienes nos acercamos a la historia: investigadores, docentes, estudiantes y hasta lectores comunes con deseos de ampliar su ilustración.

Mas, ¿cuántas veces requerimos una pronta información, general pero certera, y ante su ausencia nos vemos en la necesidad de zambullirnos en un mar de papel, con peligro de ahogarnos? ¿Cuántas decenas de páginas hemos leído sólo para rastrear una simple referencia perdida en un libro como aguja en un pajar?

Por ello, tan importantes son las obras que tratan los temas *in extenso* como aquellas que tienen la rara habilidad de presentarlos resumidos. Una verdadera síntesis, un resumen bien hecho, sólo puede lograrse a partir del previo conocimiento del todo... mas no cualquier conocedor del todo es capaz de transmitirlo de manera esquemática y compendiosa.

¡Qué difícil es resumir! Es un arte cuyo punto de partida es, ya se dijo, el entendimiento del conjunto, para luego jerarquizar la información, extractar su contenido de modo sumario y

finalmente presentarlo ya digerido, como sinopsis. Sólo así, con semejantes aptitudes, se puede ofrecer una visión panorámica de la historia de un país. Tal fue el caso de don Martín Quirarte (1924-1980) en su *Visión panorámica de la historia de México*.

Parece que estoy escuchando su voz profunda, con una tesitura digna de profesional del *bel canto*, cuando rememoro las notables cátedras del profesor Quirarte a las que asistí hace casi medio siglo. Serio mas no de mal genio, grave pero amable, circunspecto y a la vez generoso con sus conocimientos, don Martín fue uno de mis mejores maestros a lo largo de la carrera de Historia. Sus clases eran, de cierta manera, similares a este libro suyo que menciono: concisas, sólidas, sin paja, pero no ausentes de carga emotiva. Su condiscípulo, colega y amigo Ernesto Lemoine Villicaña, escribiría de *la Visión panorámica...* de Quirarte:

Es un modelo de ponderación y equilibrio; una objetiva y tonificante interpretación de nuestro pasado, en la que no hay adjetivos hiperbólicos ni héroes ni villanos de una sola pieza, entes que no existen en el devenir real de los pueblos y las sociedades.<sup>1</sup>

Igual era la cátedra de Quirarte: moderada, impartida con mesura y sin renunciar a sus propios puntos de vista, siempre comedidos. Como alumno suyo puedo asegurar que inspiraba confianza, no sólo como persona sino sobre todo como intelectual. Era la antítesis del fanatismo o sectarismo.

Para forjar un espíritu templado y recio como el de Martín Quirarte de seguro intervinieron sus circunstancias de vida juvenil: ya casado, estudió Historia en la Universidad Nacional y debió sostener no sólo sus estudios, sino a su familia, trabajando

1. LEMOINE VILLICANA, Ernesto, "Nota necrológica. Martín Quirarte Ruiz, 1924-1980": Palabras pronunciadas el 14 de marzo de 1980 durante los funerales de Martín Quirarte. Cf. *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, México, Instituto de Investigaciones Históricas-UNAM, V. 9, 1983, Documento 122, pp. 357-365: Edición electrónica: [www.historicas.unam.mx/moderna/ehmc09/122.html](http://www.historicas.unam.mx/moderna/ehmc09/122.html)

como obrero talabartero. El noble trabajo manual del cuero, el quehacer artesanal, fue alternado con los libros, y así las mismas manos callosas que curaban, curtían y recortaban pieles vacunas y porcinas dieron a la luz valiosos textos que se han convertido en clásicos de la historia de nuestro país. Tal es la posición de la *Visión panorámica...*, hace años agotado.

Aunque quizá el objeto inicial de este libro haya sido atender las necesidades escolares de jóvenes de educación superior, puedo asegurar que al maestro Quirarte le sucedió lo mismo que al aprendiz de brujo: el libro tomó su propia ruta y desde hace décadas (apareció en 1965) se ha constituido asimismo en una especie de compendio o prontuario en la biblioteca de los especialistas. Prontuario: un libro donde encontramos de manera pronta el dato o información que buscamos. "Breve anotación de varias cosas a fin de tenerlas presentes cuando se necesiten", dice la Real Academia de la Lengua Española. Y también agrega que esa palabra proviene del latín *promptuarium*, despensa, lo cual no debe sorprender a nadie: allí nos espera lo que requerimos de repente, en un momento dado. Eso es ese libro, una rica despensa informativa.

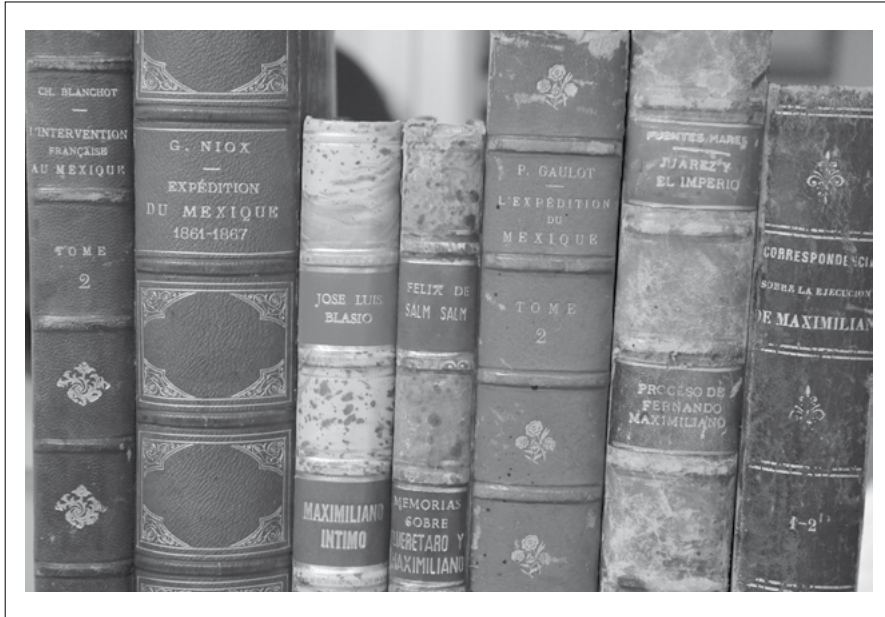
Además, su lectura es tan fluida y amena, que más allá de los quehaceres académicos o escolares, esta obra es disfrutable por cualquier lector, aun ajeno a las lides de la historia.

Permítaseme terminar dándome cierta licencia, en aras de ofrecer una mejor semblanza del ilustre autor de este libro. Si en la historia de un país hay ciclos, que tarde o temprano se cierran, en las historias personales también suele haberlos; es mi caso. Mi maestro, el maestro Martín Quirarte, nos dejó entre otras obras este libro valioso, hijo de su pluma elegante y docta, resultado de su simiente intelectual que fructificó y ha enriquecido la historiografía nacional. Pero más nos dejó el maestro Quirarte. Con su simiente natural, asimismo fructificada, enriqueció las letras mexicanas. No menos que eso ha hecho a través de su hijo, Vicente Quirarte, amigo de élite, aristócrata de la inteligencia.

Gracias, maestro Martín Quirarte, lo tengo muy presente después de casi medio siglo de haber disfrutado sus cátedras.

## UN MUNDO DE LIBROS

Martha Martínez González



Biblioteca del maestro Martín Quirarte.

Agradezco a los doctores Patricia Galeana y Vicente Quirarte, organizadores de este homenaje al maestro Martín Quirarte, el honor de formar parte de él y el privilegio de compartir el estrado con los destacados académicos que la integran.

Esta invitación me ha dado la oportunidad de revisar no sólo la bibliografía del gran historiador que nos convoca, la cual seguramente será tratada por voces más autorizadas que la mía, sino la ocasión de repensar la imagen del maestro en el aula y en el trato cercano que tuve con él durante el tiempo en el que asistí a su casa para apoyarle en su trabajo editorial.

El maestro Martín Quirarte nació en Guadalajara, Jalisco, el 12 de noviembre de 1923. Realizó sus estudios profesionales en la Facultad de Filosofía y Letras en la década de los 40, cuando ésta todavía se encontraba en el antiguo edificio de Mascarones, y fue condiscípulo de Jorge Gurría Lacroix en la carrera de Historia. Obtuvo la maestría en 1952.

Ejerció la docencia en la Universidad Nacional Autónoma de México por casi tres décadas en aquellos espacios que dieron formación a su intelecto: la Escuela Nacional Preparatoria, en donde se le ha reconocido como uno de sus grandes maestros junto a Alfonso Caso y Erasmo Castellanos Quinto. En su Facultad impartió las cátedras de Historiografía de México,



Comentarios de Textos e Historia de la Reforma y la Intervención Francesa, los seminarios Historia de la Reforma, la Intervención Francesa y el Imperio, y México de 1854 a 1876; en el Instituto de Investigaciones Históricas realizó una notable labor de análisis y valoración de la historiografía del siglo XIX.

Lo conocí en 1972 cuando tomé la materia Historiografía de México, la primera de cinco que cursé con él en la carrera de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Durante una de sus clases el maestro Quirarte preguntó al grupo quién quería apoyarlo, en su casa, en el cotejo de fuentes para un libro que estaba escribiendo con motivo del centenario luctuoso de Benito Juárez. En ese momento no tuve la dimensión de lo que significaría el haber levantado la mano. Fue el inicio de una relación maestro-alumna basada en el respeto mutuo y en la admiración creciente de mi parte hacia un personaje que me brindó la posibilidad de adentrarme en su entorno familiar y aprender normas de estudio, de trabajo y de vida.

Se trataba de una obra que elaboraba por encargo de la XLVIII Legislatura de la Cámara de Diputados: *Relaciones entre Juárez y el Congreso*, su último libro. La abundante y ardua investigación realizada retrasó la aparición del volumen, que se publicó en abril de 1973 y no en 1972, como se había planeado.

Cuando estuvo impreso, me mostró un ejemplar y me hizo leer algunas páginas de la introducción, y me dijo con amable seriedad: “Este es su regalo de bodas”. En los agradecimientos aparecía mi nombre con el nuevo apellido.

Términos como corrección de estilo, marcado tipográfico, corrección de primeras pruebas contra originales, segundas, terceras, galeras, capillas, guardas, clisé, etcétera, constituyeron un nuevo lenguaje en el que fuimos iniciados junto con la labor de cotejo de fuentes que ocasionalmente alternábamos como lector o atendedor Enrique García, otro alumno, y yo con sus hijos mayores. En varias ocasiones acompañamos al maestro a la imprenta Editorial Libros de México, luego Talleres Gráficos de Cultura, en donde los hermanos Porfirio y Fernando Loera

y Chávez disfrutaban con él hablando del oficio tipográfico y de la encuadernación.

Entrar a la casa del maestro Quirarte era internarse en un mundo de libros; atesoró una biblioteca personal vasta: era tal el número de ejemplares que más parecía que la biblioteca daba cabida a la casa y no al revés.

Toda biblioteca encierra un mundo de intereses y preferencias; en la suya había valiosas colecciones sobre historia, literatura, filosofía y arte; en ella se podían encontrar auténticas joyas literarias y objetos de culto como las ediciones príncipe que se empeñaba en conseguir para la realización de su trabajo; en la selección de sus libros se encerraba el pensar, el sentir, los gustos y el conocimiento de un historiador que hizo de los libros su vida; era su santuario, su paraíso, y sus habitantes bien engalanados vestían casi todos sus atavíos de piel con letras doradas.

Sus dos lugares de trabajo, un escritorio y una mesa, se encontraban en la planta alta en donde nos reunía para revisar materiales, mientras él daba vida a los libros, consultándolos, subrayándolos, escribiendo; siempre estaba en constante movimiento. Cuando se daba un receso era frecuente escucharlo hablar en francés en voz alta desde la habitación contigua. Después supimos que eran poemas de su admirado Charles Baudelaire.

En su biblioteca tuvimos a nuestro alcance libros fundamentales de la historia nacional: *México a través de los siglos* y *México: Su evolución social*, la gran historia oficial, la primera, escrita por los liberales triunfantes en 1867: Alfredo Chavero, Julio Zárate, Juan de Dios Arias, Enrique de Olavarría y Ferrari, José Ma. Vigil y Vicente Riva Palacio en la dirección editorial, obra única en su género, como la anunciaba la publicidad, originaria de 1884, año inicial de su publicación; la magnitud historiográfica de ésta influyó en la segunda, bajo la dirección de Justo Sierra, una de las obras más ambiciosas del Porfiriato, que resume los progresos de la Nación en ese periodo; en contraste con las obras de los detractores y críticos conservadores como *Las*

*grandes mentiras de nuestra historia: la nación y el ejército en las guerras extranjeras* de Francisco Bulnes.

En ese ambiente que poco a poco se poblaba de nombres coexistían los religiosos Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos, Pío Nono, con los liberales Benito Juárez, Guillermo Prieto, Matías Romero, los imperialistas Francisco de Paula de Arrangoiz y Berzábal y José Manuel Hidalgo y tantos otros personajes de la Reforma y de la Intervención Francesa en México, que la charla memoriosa de nuestro Cicerón conducía por los contenidos de los libros al tiempo que nos inculcaba el valor estético de los mismos. Gran lector de biografías, afirmaba que con ellas no sólo se conocía al personaje, sino la época y la cultura en que se formó; nos dejaba sus lecturas y nos solicitaba resúmenes, o nos interrogaba “para que aprendan a analizar y a sintetizar”, nos decía.

Hablábamos sobre el desarrollo de la tipografía y de la litografía en el siglo XIX, de la calidad y belleza de las ediciones de Ignacio Cumplido, impresor de *El Siglo XIX* y *El Mosaico Mexicano*, entre otras; de las de J. Ballescá y Compañía y de las de Manuel Murguía; de las populares ediciones de Andrés Botas, quien publicara entre otros a Mariano Azuela y a José Vasconcelos; de la importancia del libro en las campañas de alfabetización, de las misiones culturales de Vasconcelos con la edición de los clásicos y la de fomento a la lectura de Jaime Torres Bodet con la *Biblioteca Enciclopédica Popular* o la colección SepSetentas vigente en esa década.

Mi ex esposo, quien para entonces también era alumno del maestro Quirarte, y yo acostumbábamos visitarlo algunos domingos por la tarde, como a la familia, y así era nuestra convivencia con su esposa, la señora Luz, quien gustaba de recibir las flores que le llevábamos, en especial la variedad de rosas llamada Luto de Juárez. Con sus hijos Ignacio, Vicente, Javier, Gloria y Susana platicábamos de deportes, de cine, de música, de los hallazgos en la Lagunilla y de las librerías de viejo. Algunas veces salíamos a algún café cercano o al cine Estadio en la calle de Yucatán y después íbamos a cenar

birria en el restaurante Tlaquepaque, en la calle Coahuila o cabrito en el Charleston, entonces sobre Insurgentes. Contertulio animado, el maestro Quirarte se entusiasmaba durante la conversación y era frecuente, cuando compartíamos la mesa, que nos quitara, sin darse cuenta, la cuchara o el tenedor, y luego preguntaba, entre sorprendido y apenado con una risa infantil, por qué tenía tantos cubiertos.

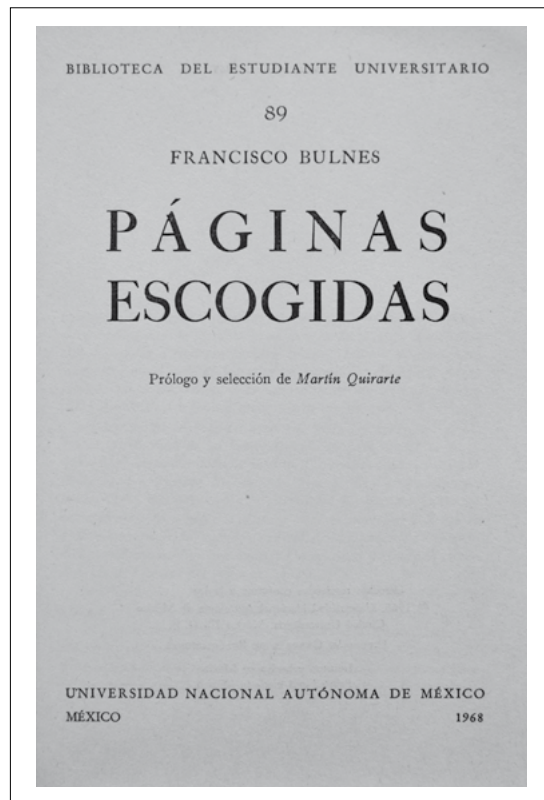
Puntual en el salón de clase, apasionado en la enseñanza, riguroso, a veces implacable en el examen oral, actuó como guía, facilitador y mediador en la formación académica; sus alumnos recibimos de él comentarios, consejos y sobre todo una metodología para acercarnos, entender y comprender la Historia. Sus lecciones principales: estudiar a los personajes de la Historia y lo que se ha escrito sobre ellos, buscar elementos para conocer la personalidad de los autores y de los personajes, conocer su psicología, tomar en cuenta las luces y sombras para elaborar un claroscuro, no rehuir la formulación de juicios, ser ponderados y justos, buscar la equidad, la imparcialidad y la verdad histórica; hacer la investigación crítica de todas las fuentes, y estudiar la historia de México con perspectiva universal, correlacionar épocas, circunstancias y conocimientos y, sobre todo, ser autocríticos. Nos daba una formación transdisciplinaria basada en el rigor científico. El mejor ejemplo de sus enseñanzas lo constituyen su obra y su vida.

Como docente se le recordará por sus cursos; como maestro, por sus notables enseñanzas. Más que otorgar una evaluación, dio a sus estudiantes una formación integral con preceptos que le ayudarían en la vida. Para muchos de sus alumnos estos cursos fueron la revelación de la historiografía moderna y contemporánea de México.

Murió el 13 de marzo de 1980, a los 56 años. Sus restos fueron cremados y depositados en una iglesia al sur de la ciudad; las circunstancias me hicieron ser partícipe, años después, de la devolución de la urna con las cenizas de mi maestro a su familia. Debía entregarlas a su hijo Vicente en el Instituto

de Investigaciones Bibliográficas; el tamaño de la urna y el contenedor en que venía obligaban a pasarlo por la puerta trasera del edificio: no quise hacerlo y en un soliloquio, como si me escuchara el maestro, le decía, mientras subíamos por la escalinata, que él debía entrar por la puerta principal de la Biblioteca Nacional, y así fue.

•



## PARADIGMA Y PASIÓN

José Rubén Romero Galván

**E**n mi memoria, en ese lugar que no es un lugar, según las palabras de Agustín de Hipona, el maestro Martín Quirarte tiene un sitio especial. Sus clases sobre la Reforma y la Intervención Francesa eran el ámbito donde los jóvenes espíritus que se formaban para explicar el pasado conocían en la voz y en los gestos del maestro la pasión por las tareas del historiador. En efecto, en el maestro Quirarte se conjugaban tanto la profundidad de sus conocimientos y la finura de sus juicios, como la fuerza de un espíritu que se percibía en verdad apasionado. Ello resultaba, para sus alumnos, una lección que iba más allá de datos, fechas y valoraciones que en cada clase el maestro ponía a su alcance. Constituía un ejemplo de ejercicio profesional, pues la historia, pensada como el conocimiento y la explicación del hombre actuando en el pasado, difícilmente puede escapar del ámbito que llamamos pasión. Se trata de la fuerza entusiasta que impulsa al historiador a adentrarse en las fuentes, para cuestionarlas y arrancarles en jirones, muchas veces sin forma, elementos que poco a poco brindan a la imaginación del amante de la historia todo aquello que le permitirá fraguar, fundado en sus pesquisas, el conocimiento verás y la explicación del hombre en un momento de su devenir.

El maestro Quirarte daba ejemplo acabado de ello y transmitía a sus alumnos enseñanzas que estaban llamadas a inscribirse

en los espíritus de aquellos historiadores en ciernes. Con ello cumplía cabalmente la labor y el cometido del verdadero maestro que no son solamente transmitir conocimientos sino, ante todo, formar los espíritus jóvenes de sus pupilos.

Entre las frases que pronunciamos, hay algunas que dejan ver claramente lo que pensamos y a lo que aspiramos. El maestro Martín Quirarte solía decir, refiriéndose al historiador francés Daniel-Rops: “Daniel Rops, paradigma de ponderación crítica”. Sin duda el maestro guardaba una gran admiración por este personaje. Más allá de ello, llamaba la atención cómo en una frase había resumido la acaso principal característica del autor de *Jesús en su tiempo*. Con ello quedaba muy en claro que el maestro tenía una capacidad de acceder a través de la lectura a apreciaciones justas, profundas y reveladoras, expresadas en una frase redonda, eufónica y bien fraguada. Por otro lado, siempre pensé que tal admiración encerraba una profunda aspiración de acometer las tareas de historiador haciendo gala de una actitud crítica que eventualmente llegara a ser paradigmática. Y el maestro lo logró.

Me tocó la inmensa suerte de ser su alumno: de seguir durante dos semestres su curso en la Facultad de Filosofía y Letras y de beneficiarme de su saber y de su pasión por el pasado. Quedaron en mi memoria las experiencias de dos largos exámenes semestrales, en verdad nada fáciles, cuyas calificaciones, las más altas por cierto, me dieron la seguridad de haber estudiado debidamente mis notas de clase, de haber leído con sumo cuidado los libros indicados por el maestro y de, a fin de cuentas, haber respondido, a satisfacción de don Martín, cada una de las preguntas, a veces relacionadas con detalles aparentemente sin importancia, ya de lo visto en clase, ya de las lecturas realizadas. El primero de esos exámenes principió en la casa del maestro, en la calle de Zacatecas, y concluyó en la antesala del subsecretario de Relaciones Exteriores con quien don Martín tenía una cita para tratar asuntos vinculados con el Archivo Histórico de la Secretaría, del cual él era director.

Tuve también la fortuna de compartir con el maestro Quirarte una fuerte debilidad por Francia y su cultura. Ello, al grado de que muchas de nuestras conversaciones se desarrollaban en francés. Era notable el conocimiento de la gramática y la fonética de esa lengua que el maestro poseía, así como la fluidez con la que se expresaba. Para mí, en lo particular, aquellas pláticas resultaban verdaderos ejercicios de conversación, pues aún me faltaban unos niveles para concluir los que correspondían a la posesión de dicho idioma. Lo recuerdo hablando pausadamente, como quien saborea cada fonema, cada palabra. Lo recuerdo expresando con precisión sus ideas en esa lengua que hablaron los ilustrados. Su admiración por Francia y lo francés no era solemne. Más de alguna vez lo oí bordar en torno a la evolución de la lengua de los franceses, aludiendo a la manera como el término con el que se designa al mes de agosto había cambiado a lo largo de los siglos. Permítame traer a cuento tal historia. Decía del maestro, palabras más, palabras menos: “La lengua francesa evoluciona, qué duda cabe. En tiempos de los romanos que habitaron Lutecia, agosto se decía ‘August’, después vino a decirse ‘aut’, ahora simplemente dicen ‘u’, y llegará el día en que sólo sea ‘...’”.\* Cabe decir que don Martín no esperaba a que su chascarrillo fuera festejado, pues él mismo adelantaba una sonrisa con la que invitaba a su interlocutor a, de alguna manera, compartir con él la gracia de la ocurrencia.

Los recuerdos que deja en nosotros una persona se guardan en diferentes compartimentos del espíritu. Y difieren según las vivencias de quien los atesora. La figura del maestro Martín Quirarte que hoy evocamos se compone de fragmentos guardados por cada uno de nosotros. Nos congregan este día esos recuerdos que expresados y compartidos constituyen el mejor homenaje que podemos rendirle, pues lo que aquí digamos es prueba incuestionable de que aun pasados los años,

\*Reproduzco aquí sólo los sonidos, de ningún modo la escritura correcta.

somos capaces de evocarlo con admiración para conmemorar los noventa años de aquel momento en que viera la luz en Guadalajara.

•

## TESTIMONIO Y FIEL RECUERDO

María Elisa García Barragán Martínez

Sólo unas breves líneas para abundar en torno a la silueta intelectual y humana del maestro Martín Quirarte, quien se mostraba para nosotros a manera de ejemplo de rectitud moral, así como de estar llevando a cabo una misión insoslayable que cumplir. Debo añadir que sus lecciones acerca de la historia del siglo XIX mexicano dejaron en mí una huella profunda, a tal grado que en el resto de mi carrera continué con el interés en la persecución de dichas crónicas, teniendo siempre en mente lo que él aconsejaba: “Para comprender el ritmo de la historia es necesario entender las circunstancias que las generaron, es decir, poseer una cultura total que refleje el ritmo vital de la centuria”. Junto a ello y en certera metodología venían el consejo de publicaciones de reconocidos autores franceses y españoles, más las referencias literarias y teóricas, unidas a las abundantes y oportunas citas. Todo ello reforzado, además de en el aula, en informales conversaciones de pasillo y en sus tertulias, disertaciones llenas de jugosos e intuitivos comentarios.

Aquí considero oportuno traer a colación una anécdota que ni el propio Vicente conoce:

Durante el curso sobre la Intervención Francesa y el Imperio de Maximiliano, las menciones en torno a Víctor Hugo se sucedieron; al comentar lo anterior a mi padre, él me dijo que poseía un documento valioso firmado por tan inmenso escritor

y que con mucho gusto se lo obsequiaría al maestro; éste rehusó tal obsequio y me insistió en que se lo llevara a una de sus tertulias para analizarlo, reuniones que, como es bien sabido, sostenía con amigos y alumnos en su domicilio del centro histórico. Aquí un paréntesis para agregar que a mis salidas, más allá de las seis de la tarde, siempre me acompañaba mi papá; así que mientras yo mostraba el valioso testimonio al maestro, le advertí que tenía que irme pronto pues mi papá me esperaba cerca de allí. Enterado de ello, don Martín salió a recibir a mi padre, licenciado Manuel García Barragán, atraído como él por las letras y la historia de Francia y con el pensamiento puesto, entre otros autores, en Víctor Hugo. Los dos se enfrascaron en larga y amena charla en la que salieron a relucir sus afinidades y admiraciones, mismas que le permitieron decir a mi padre que tenía el orgullo de haber iniciado una estrecha amistad intelectual, relación que tomó un rumbo de intercambio anecdótico y literario.

Aquí una digresión: ambas personalidades estaban seducidas por la persecución de excepcionales fuentes, fruto de historiadores extranjeros, referencias a Francia y a España (Víctor Hugo, Flaubert, Baudelaire y los Poetas Malditos, Azorín, etcétera, etcétera). Debo aclarar que mi padre, sin ser historiador, fue capaz de sentir y vivir la historia, además de ser gran conversador.

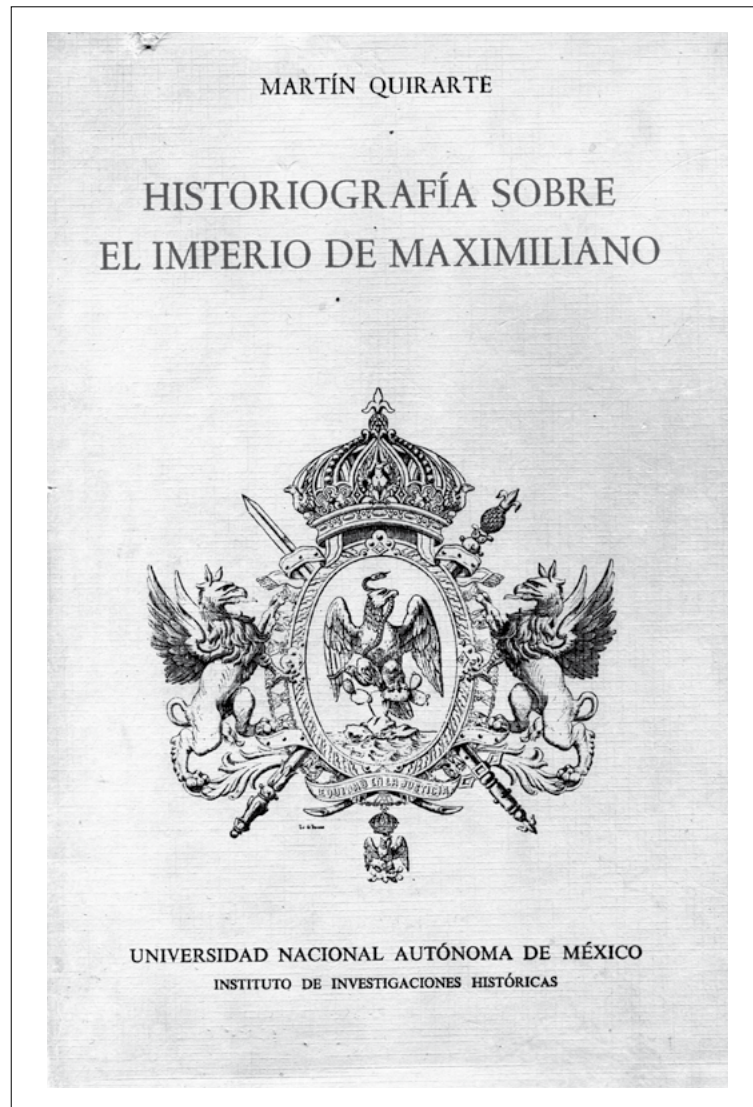
La cercanía entre estos intelectuales se acrecentó aún más en el afecto por las joyas bibliográficas. Ante ello mi padre le comentó que era Patrono del Monte de Piedad, donde llegaban esas raras ediciones y se comprometió en dárselas a conocer. Los tesoros existentes en tal repositorio eran jubilosamente puntualizados. La amistad se extendió tan sólo por alrededor de dos años (finales de la década de los 60); desgraciadamente mi padre enfermó, lo que puso fin a la relación.

En cuanto al maestro Martín Quirarte, he intentado seguirlo como norte científico y académico en mi trabajo; con él se quedan siempre mi memoria y mis afectos de discípula.

Quienes con su ayuda aprendimos hace tiempo a valorar y disfrutar la historia de México, tenemos ahora la gran satisfacción de reconocer esta deuda, máxime cuando magisterio y amistad formaron desde el primer momento un todo inseparable.

## CARTA A VICENTE QUIRARTE

José de Santiago Silva



San Bernabé, Ocotepéc. Noviembre de 2013.

Querido Vicente:  
Seguramente lo recuerdas. Cuando te conocí tardé mucho tiempo en llamarte Vicente, te llamaba Martín: la impronta de tu padre era y sigue siendo muy fuerte. Eso fue hace ya muchos años, cuando ocasionalmente coincidíamos en el rito de seleccionar vituallas, vinos sobre todo, en un comercio ya desaparecido que llevaba el nombre de Trico, curioso vocablo a igual distancia del *triticum* latino y el trigo castellano. Es el caso que por aquellos años no había muchos sitios para hacerse de exquisiteces gastronómicas; Trico era, quizás, la mejor opción en el sur de la ciudad. Lo que yo más apreciaba del lugar era la cava, penumbrosa y bien organizada como predicar han de ser; allí, oteando sigilosamente los terruños, las variedades, las añadas de las etiquetas, ocasionalmente nos encontrábamos.

Después coincidimos con mayor asiduidad como titulares de nuestras respectivas entidades académicas; las reuniones frecuentes nos acercaron paulatinamente. Yo entonces no conocía de ti sino la dramaturgia: te consideraba hombre de letras, pero principalmente “teatrero” porque había visto puestas en escena de tu producción, ciertamente notables. A partir de entonces he seguido tus libros y cada uno, en forma asaz absurda, me acerca

a tu padre, de quien me siento alumno, aunque en rigor solamente asistí a su curso un escaso semestre en la primera mitad de la década de los setenta.

Déjame que te cuente. Las cosas sucedieron así: Entonces trabajaba yo en el Museo Nacional de Historia en ingrato puesto; era subdirector y, como es corriente, a esos funcionarios corresponden atribuciones variopintas, las inherentes al cargo, las que delegan las jerarquías mayores y las que dejan de hacer los subalternos.

Es el caso que tu padre acudió al añoso Castillo de Chapultepec: quería ver un manuscrito autógrafo de alguno de los fusilados en Querétaro, no recuerdo si del propio Maximiliano de Habsburgo, de Miguel Miramón o de Tomás Mejía, redactado poco antes de la ejecución. Lina Odena Güemes, a la sazón directora, me encomendó atenderlo.

Sobra decir que la obra de Martín era “vademécum” para quienes nos ocupábamos de la historia y las colecciones que guarda el legendario recinto, no solamente la invaluable *Historiografía sobre el Imperio de Maximiliano*, sino otras sumamente importantes como su ensayo sobre Émile Ollivier que tanto ayuda a comprender la complejidad de las circunstancias en que tuvo lugar el proyecto imperial conservador.

Yo en lo particular había tenido la fortuna de leer su libro sobre Carlos Pereyra, autor que hiciera las delicias de mis fantasías juveniles con *La Conquista de las Rutas Oceánicas*; aun antes, inducido por mi padre había tenido como texto de primaria la *Historia del Pueblo Mexicano* y poco tiempo después la *Breve Historia de América*, de manera que la ponderación que hace el maestro Quirarte de Pereyra fue para mí confirmación y estímulo.

Tu padre, querido Vicente, fue diferente a ti, muy diferente, pero irremediamente me lo recuerdas, aun en lo físico. La primera impresión que me produjo fue anfibológica: yo esperaba un personaje representativo de sus escritos, reposado, profundamente reflexivo y de edad avanzada, inclinado al refinamiento según el equilibrio de sus juicios. Me había construido a partir

de sus obras una imagen idealizada, cercana a lo que yo llamaría criollismo republicano, si cabe la expresión; tenía, en cambio, enfrente, a alguien ciertamente mayor que yo, pero no tanto, muy austero, de estatura elevada, acaso provinciano del altiplano y extraordinariamente directo. Dijo que tenía noticia de que el documento se conservaba allí y quería verlo. Le contesté que, en efecto, así era y que en el acto podría llevarlo al depósito de colecciones para que lo observara. Así lo hice. Nos fuimos al lugar referido, sótanos que en otros tiempos fueron mazmorras del Colegio Militar rehabilitados para albergar los acervos. Encargué que lo atendieran y regresé a mi oficina, no sin antes recomendarle que si necesitaba algo más no dudara en comunicármelo. Pensé que seguramente pediría una fotografía, para lo cual sería necesario hacer los trámites necesarios en la oficina jurídica del INAH. Con esa reflexión en la mente regresé al cubículo.

Pasado algún tiempo, quizás una hora, regresó conmigo. Supuse que iría a buscar la foto de marras. Tenía para esos casos una tarjeta con las señas de don Antonio Pérez Elías, director del Departamento Jurídico del INAH, que la puse sobre el escritorio, lista para ser entregada, pero no fue necesario. Tu padre solamente quería agradecer las atenciones. Esta vez llegó de muy diferente talante, casi alegre. Lo invité a sentarse e hice mención de la posibilidad de conseguir una fotografía del documento; en realidad lo que yo quería era decirle cuánto me alegraba conocerlo y tener la posibilidad de platicar con él un poco. Aceptó, y en pocas palabras le referí las lecturas que había hecho de sus obras y las recurrencia de los investigadores y curadores del museo a sus publicaciones; le hice incluso la sugerencia de que nos asesorara oficialmente, cosa que rechazó rotundamente, pero en cambio me dijo que a mí, en lo particular, sí estaba dispuesto a ayudarme y que incluso me podría recibir en sus cursos en la Facultad de Filosofía y Letras. Ambas cosas cumplió: acudí a sus clases hasta que por causas que no vienen al caso me vi en la necesidad de salir del país.



Regresé a México después de un año y comencé a impartir cursos en la UNAM. Se dio la coincidencia providencial de tener alumnos que simultáneamente acudían a sus cursos y a los míos. Fue la oportunidad de volver a verlo y contagiarme de su celo por la investigación y la docencia. Eso tuvo lugar ya cercana a la fecha de su fallecimiento, del que supe por la nota luctuosa publicada por Ernesto Lemoine.

La verdad, Vicente, es que no supe de los conflictos internos de tu padre, de sus tribulaciones, ni de la aspereza que algunos le atribuían. Intuí, sí, vida espiritual y determinación rotundas, actitud que se revelaba a poco de observar su rostro de volúmenes angulosos, casi geométricos.

La amistad con la que me distingues desde hace ya más de treinta años me ha permitido saber de las contradicciones, del complicado laberinto en el que se entrecruzan por partida doble las existencias tuya y de tu padre, la mente preclara, la razón y el absurdo. A ti, Vicente, han tocado en prenda esos atributos, incluida la prisión de la angustia, pero también la sabiduría de añadir a la vida dulzura, poesía y esperanza.

Tienes razón, Vicente: En fusión amorosa, te ensanchas, das vida, contienes a tu padre.

Es esta carta mi homenaje a Martín Quirarte, historiador, maestro universitario, dramaturgo, poeta...

Con un abrazo fraternal.

*JdeSS*

•

## HOMENAJE A MARTÍN QUIRARTE

Patricia Galeana

No solo tuve el privilegio de ser alumna del maestro Martín Quirarte, fui también su adjunta en la cátedra sobre la Reforma, la Intervención Francesa y el Segundo Imperio que él fundó en el Colegio de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. También soy su discípula, pues he seguido la escuela del maestro, dedicándome a estudiar el tiempo eje de la historia de México, cuando se fundó su Estado republicano y laico.

Me inscribí en la clase del maestro Quirarte interesada en las relaciones entre la Iglesia y el Estado. Estudié a profundidad su obra *El problema religioso en México*; solía discutir con él que más que cuestión religiosa, lo que se había dado en nuestro país era una disputa por el poder, un problema político con la Iglesia y no un conflicto dogmático con la religión. Quirarte supo hacer como historiador lo que Justo Sierra escribió de Benito Juárez como gobernante: el estadista oaxaqueño hizo compatibles sus ideas religiosas con su credo político. Quirarte encarnó en el siglo xx la tradición liberal de los reformadores mexicanos del siglo xix, era un creyente religioso que también creía en la laicidad del Estado. Fue un católico juarista.

Su meta fue mantener siempre la ecuanimidad. Era apasionado en la cátedra, pero al escribir era cuidadosamente ponderado. La obra *Juárez, su obra y su tiempo* de Sierra constituía la columna vertebral de su curso, razón por la cual nos hacía estudiarla hasta el último detalle. Gran memorista, Quirarte sabía páginas enteras de Sierra: “La generación del 42” o “Richmond y Sadowa” eran reproducidas por el historiador con viva emoción. Fue, a decir de José C. Valadés, su mejor alumno.

Tuve también la gran experiencia de trabajar con él en el Archivo Histórico Genaro Estrada de la Cancillería de México. Vi su lucha por mejorar las precarias condiciones en que se ubicaba el gran acervo de la diplomacia mexicana, en el sótano de la torre de Tlatelolco, junto al estacionamiento y las calderas (en una trampa mortal sin salida de emergencia), ya que al construir el edificio que albergaría a la Secretaría de Relaciones Exteriores se les olvidó que contaba con el segundo archivo más importante del país. Ahí empecé a trabajar mi tesis de licenciatura bajo su dirección, con los documentos de José Fernando Ramírez sobre las relaciones Iglesia–Estado durante el Segundo Imperio.

Al iniciar mi trabajo como docente en Preparatoria, *La visión panorámica de la historia de México* de Martín Quirarte fue mi libro de cabecera y la lectura obligada para mis alumnos. En esta excelente síntesis, el maestro vertió sus conocimientos y años de experiencia como profesor de la Escuela Nacional Preparatoria, institución a la que nunca abandonó.

El maestro Quirarte no solo fundó la cátedra sobre la Reforma, la Intervención Francesa y el Segundo Imperio, sino que sus obras son clásicos de la historiografía sobre el periodo. Su *Historiografía sobre el Imperio de Maximiliano*, su obra *Relaciones entre Juárez y el Congreso*, son lecturas obligadas para cualquier investigador que busque especializarse en esta etapa determinante para nuestra historia.

Reunió la biblioteca más completa sobre la época, cuyos volúmenes él mismo encuadernaba amorosamente. Apreciaba el valor estético de los libros y plasmaba sus propios escritos

en fino papel opalina; decía que el deleite de la lectura y la escritura debían ir acompañados de la emoción estética de tener en las manos una bella hoja de papel, una buena pluma, una tinta ocre y libros bellamente formados y encuadernados.

Cuando le comentaba el trabajo que me costaba escribir cada página, me mostraba una edición que tenía con los manuscritos de los grandes escritores franceses como Flaubert, donde se apreciaban todas sus tachaduras: si a ellos les costaba trabajo, no había que desfallecer en el intento. Me decía que como todos los oficios, el de escribir sólo se lograba escribiendo, una y otra vez hasta lograr la claridad que debía tener un historiador, aun cuando no hubiéramos nacido con dotes literarias.

Era un maestro en toda la extensión de la palabra; nos abrió su casa y biblioteca para hacer animadas tertulias sabatinas. Además de todas sus enseñanzas, le debo haber conocido al compañero de mi vida en su casa una tarde de sábado. Siempre se preció de que tenía muy buena mano y que todas sus alumnas se le casaban.

Le acompañé hasta los últimos días de su vida, fui testigo de su sufrimiento por no poder escribir debido a los medicamentos que debía tomar. Me llamaba por la mañana y se dolía de que la papelera estaba llena de hojas, que no había podido escribir. Esta fue la causa de su muerte, él no podía vivir sin escribir.

Cumplió hasta el último momento con su responsabilidad de maestro y después de entregar sus calificaciones, se despidió de la vida. Nos dejó un gran vacío en el corazón, pero entendimos la necesidad de su partida. Tengo tan presente su voz, con un acento inconfundible de quien dominó la lengua francesa con la misma exactitud que la española, al grado de ser maestro de fonética francesa. Inculcó en sus alumnos su amor por la cultura y su pasión por México. Hoy, que hubiera cumplido noventa años, le rindo homenaje al maestro, al historiador y al padre intelectual que nos legó una obra ejemplar y lecciones de vida impecables. Gracias, querido maestro.

MARTÍN QUIRARTE:

CARTAS  
DESDE EL  
MUNDO



## MARTÍN QUIRARTE: CARTAS DESDE EL MUNDO

Vicente Quirarte



Madrid, c. 1952.

Cuando la doctora Patricia Galeana decidió publicar en forma de libro los textos leídos en el homenaje a Martín Quirarte llevado a cabo el 13 de noviembre de 2013 en que el maestro hubiera llegado al año noventa de su edad, me preguntó si entre los papeles dejados por mi padre no habría algún texto inédito que acompañara los escritos de sus alumnos. Al principio pensé en la idea de la doctora Gloria Villegas de publicar algunas de las colaboraciones aparecidas en *Diorama de la cultura* en el *Excélsior* de los años sesenta, particularmente las referentes a temas literarios, no recogidas ni transformadas en sus libros de historia. Por fortuna, encontramos textos totalmente inéditos: las cartas por él enviadas a mi madre, Luz Castañeda Ibarra, entre 1952 y 1956, desde diversas partes del mundo.

\*

Londres, octubre de 1972. Con mi padre hago mi primer viaje a Europa y Londres es la ciudad de nuestra llegada. La habitación en el hotel próximo a Saint James Park aún no está lista y ese aparente desamparo nos lanza venturosamente a la calle. Todas las imágenes leídas son superadas por la realidad, y caminamos con algo parecido al júbilo por la exuberancia lujuriosa

del parque Saint James, sus patos tan perfectos que parecen litografías, las márgenes del Támesis donde Enrique García Moisés, que iba con nosotros, toma una de las pocas imágenes que conservo al lado de mi padre. Es una fotografía Polaroid que está a punto de borrarse. Al fondo se levantan las casas del Parlamento y nosotros, en primer plano, miramos a la cámara. Yo, con una sonrisa más poderosa que la suma de las depresiones con las que recuerdo haber hecho ese viaje. Mi padre, solemne y hierático. No nos abrazamos. Casi nunca lo hicimos aunque ambos sabíamos lo estrecho del vínculo que nos unía, no obstante las constantes rebeliones y desprecios provocados por una juventud que recuerdo lóbrega pero que sedimentó lo que más poderosamente me ha sostenido hasta el día de hoy en que cumplo más años que los que mi padre llegó a tener.

\*

Londres, domingo 27 de julio de 2014. Me despidió de la ciudad a las seis de la mañana, con una carrera por Green Park, Saint James Park, el mismo donde estuve hace 42 años con mi padre, para desembocar en la figura conocida y siempre nueva del Big Ben. A esta hora, las seis de la mañana, ya hay usuarios de la calle que, como yo, han querido ver la ciudad sólo para ellos, antes de que despierte por completo y adquiera renovada energía el monstruo colectivo, caliente y pululante llamado turismo, de cuya entraña también hemos formado parte. A las seis y cuarto de la mañana el reloj brinda sus campanadas hondas para dar constancia de la hora en que la encuentro y la abandono. Un oriental mira el Big Ben con serenidad, tiempo y paciencia. Comulga con el edificio. Cruzo el puente y me detengo en el mismo pretil donde me senté con papá la primera vez que estuve en Londres. En las bancas de hierro, con cabeza de águila y patas de león, quienes han estado allí dejan en los respaldos de madera testimonio grabado de su estancia, así como botellas vacías registran el paso de quienes han brindado con la ciudad

ante uno de sus hitos más reconocibles. En la fauna madrugadora están quienes se hacen fotografías matutinas, pescadores cuyas cañas otorgan al Támesis un sentido diferente. No falta, por fortuna, el adolescente solitario, el Rimbaud nuestro de cada día. En una banca rumia el abandono, la penitencia posterior a la embriaguez, o simplemente la difícil circunstancia de crecer y estar en una ciudad en la que siempre había querido estar pero en la que no puede estar. En mi caso, tres muchachos se multiplican, conviven, se pelean, se reprochan y envidian, se reconcilian y se ayudan, en los sesenta años de quien contempla ahora los edificios del Parlamento. Me golpean con una suma de arquitectura, historia y tiempo. No con nombres, datos y fechas, sino con la inmediata emoción otorgada por el enfrentamiento de lo que más profundamente somos. Tal vez este viaje terminó el día de ayer, cuando a la mitad del día llegamos a Stonehenge y más de cinco siglos nos miraron desde la entraña de esas piedras. Y nosotros preocupados por las enormes minucias cotidianas, aquellas que finalmente nos permiten apreciar el sentido de la eternidad. Regreso a mi hotel, el Ritz, el que elegimos para mis sesenta años. Una de las historias en torno a la reciente tragedia del avión de Malasyan Airlines derribado sobre Ucrania habla del hombre que planeaba hospedarse en el hotel en el que en su juventud había trabajado como mozo. Así he vuelto a esta ciudad con el recuerdo de mi padre. El que ahora es mi muchacho lo hubiera amado. El Ritz siempre será el Ritz. Ni siquiera necesita la palabra Hotel para ocupar su sitio privilegiado en la imaginación de la ciudad. Cómo le hubiera gustado a mi padre el pliego para escribir, los sobres, la atención personalizada de quienes se afanan en pronunciar nuestros nombres, el de Patricia y el mío, el servicio de plata y la vajilla impecable, los meseros de librea. Nada aquí es de burdo plástico. Como si se afanara en conservar la fecha de su nacimiento, 1906, cuando fue concebido por Cesar Ritz, todo en él permanece inalterable, a pesar del acceso a la red y el aparato Bose que nos devuelve al presente, este presente impecable en que me reintegro al sitio y un hombre

de levita me ofrece una botella de agua para sentir más hondamente la palpitación de la vida. Nada aquí se parece al hotel donde llegué por primera vez a Londres. Pero ahora he vuelto con mi padre, con sus amarguras e iluminaciones, más sentidas en este viaje debido a sus cartas transcritas por mi Patricia. Mientras surcábamos las aguas del mar Báltico, por ella me enteraba de las navegaciones de mi padre. No sabía, por ejemplo, que había estado en África del Norte y a bordo del *Queen Elizabeth*, en ese momento el trasatlántico más grande del mundo. Viajaba en tercera clase porque cuarta no había, como escribió el igualmente estoico Carlos Pellicer.

La ayuda de Patricia Compeán ha sido doblemente valiosa. Además del trabajo práctico, que ella desarrolla con gusto, rapidez y eficacia, me libera de enfrentarme a lo que más me duele: ese hombre sensible y hosco, melancólico y sentimental al que tanto quiero, admiro y recuerdo pero que era incapaz de ser feliz, como la lectura de sus cartas lo demuestra. Sin embargo, una honda lección palpita en ellas: el joven inteligente y pensante tiene una enorme capacidad para ser desdichado y cargar en sus espaldas el dolor del mundo. Con el tiempo, su felicidad será más verdadera que la de aquellos que la pregonan y la ofrecen con absoluta irresponsabilidad y total desconocimiento.

\*

Todo epistolario desempeña una función múltiple. Por una parte permite armar una biografía personal, con las emociones más espontáneas e inmediatas de sus protagonistas. La carta es confesión y bitácora, testimonio del nómada que intenta explicarse ante el otro pero fundamentalmente ante sí mismo. Antes del imperio del ciberespacio, las cartas autógrafas tenían un largo compás de espera para llegar a su destinatario. Sin embargo, a las cartas autógrafas y a las escritas a través del correo electrónico las hermana la circunstancia de que en ellas decimos lo que en el momento nace y no lo que el interpelado nos pregunta o quiere escuchar.

Las que aquí se publican son las de un viajero bisoño, un debutante padre de familia y un joven historiador que se debate entre el amor a la tierra y a los suyos y el deber más profundo —nacido de las entrañas más ignotas— al conocimiento y la belleza. Leerlas como hijo suyo que ha heredado, entre otras cosas, la trashumancia, me pone en contacto con un alma tan joven como vieja, tan torturada como sedienta de la plenitud del mundo. Su devoción sólo es tan íntegra como su deber al aprendizaje y al conocimiento. Leerlo me conduce a aquellos versos de Rubén Bonifaz Nuño donde se concentra la condición del hombre prematuramente convencido de la inutilidad del combate pero de la necesidad de llevarlo a cabo:

Largo es el tiempo de la muerte.  
Corto el que vivimos  
De todos somos indigentes:  
Sólo la belleza nos ampara.

Algunas de estas cartas están escritas a máquina. Así como mi padre se enfrentó con disciplina ascética al aprendizaje del francés y a domar el estilo en su lengua nativa, llegó a convertirse en un pulcro y ágil mecanógrafo. Amaba la pluma fuente pero también lo seducían las nuevas invenciones. Qué feliz hubiera sido de tener en sus manos y frente a sus ojos el teclado y la pantalla de una computadora como aquella en la que transcribo estas palabras desde mi libreta escrita también con pluma fuente, hábito heredado de papá. Otras cartas provienen de su caligrafía, de su letra amplia, clara y muy pareja, salida de su inseparable Parker 51, aliada a una tinta Skrip color morado que completaba su sello distintivo, junto a su firma que mantuvo inalterable con el paso de los años.

En estas cartas a mi madre hay menciones a otras figuras cardinales de la existencia de Martín Quirarte: su hermano Daniel, generoso e incomprendido Theo que lo sostuvo más allá de lo imaginable; su ahijado Manolo —Manuel Ochoa—,

quien era además su fiel colaborador en múltiples tareas; Luis R. Cuéllar, uno de nuestros grandes maestros de francés, traductor de La Bruyère y al lado de quien mi padre publicó una selección de canciones en la lengua que ambos amaban.

Para la presente selección se han elegido aquellos fragmentos que mejor contribuyen a dar una idea del hombre, el padre y el artista llamado Martín Quirarte. Cuando mi padre se descuidaba de su personal tragedia, alcanzaba momentos de un goce tan alto que es necesario compartirlo. Lo demuestran fragmentos de estas cartas donde las ciudades ajenas lo deslumbran con sus visiones y lo llevan igualmente a apreciar su propia tierra. Además del valor que para los de su sangre tienen, su valor reside en los momentos en que el lector atestigua la lucha del joven historiador por llevar a cabo su tarea. Conmueve, por ejemplo, su obsesión por los detalles de la publicación de su primer libro, *Carlos Pereyra, caballero andante de la historia*. Aunque tiene como fecha el año 1952 bajo el sello del Instituto de Historia de la Universidad Nacional Autónoma de México, seguramente apareció después, como suele suceder debido a la marcha de los procesos editoriales. De ahí las preocupaciones que su autor manifiesta en las cartas de ese año. Originalmente, el libro constituyó su tesis de maestría en Historia. En su introducción, Martín Quirarte hace un retrato de quien está a punto de abandonar su condición sedentaria para convertirse en viajero vertiginoso y constante:

Si sobre su vida [de Pereyra] en México me faltan no pocos datos, ¿qué podría decir de su existencia en Europa y particularmente en España, yo que nunca he salido de mi país? Entiéndase claro que si no ahondo todo lo que debiera desearse en el tema, no es por falta de entusiasmo sino por una imposibilidad que de momento no puedo vencer. Tal vez algún día pueda iniciar una obra de revisionismo más exacta sobre don Carlos Pereyra, y seguir sin precipitaciones la huella de su paso por América y Europa.

El propio 1952 el joven Martín fue premiado por el gobierno de Cuba debido al trabajo *Hernán Cortés en la Española, Cuba y México* y recibió una beca del gobierno de España para realizar estudios en el Instituto de Cultura Hispánica. Su hijo Ignacio, —el Íñigo al que se refiere en sus textos y a quien se dirige en uno de ellos— no había cumplido aún el año de nacido. Poco sabemos a través de esas cartas de las experiencias intelectuales del joven Martín en Cuba. Sí, por fortuna, de las impresiones más hondas que la provoca el enfrentamiento con otras culturas y otros ámbitos. Fiel al texto de José Martí cuando habla del viajero que, sin quitarse el polvo del camino no preguntó dónde se comía y se dormía sino dónde se hallaba la estatua de Simón Bolívar, los momentos más altos de su plenitud viajera tienen lugar cuando se entrega a la sensualidad de las ciudades —Veracruz, La Habana—, a su espiritualidad profunda —Asís—, o a la suma de la Historia que le provocan urbes como París, Roma y Florencia. Manhattan se le reveló como una gran isla de la democracia gracias a la lectura apasionada de la poesía de Walt Whitman. Viajero en el alma antes que en el cuerpo, lo emocionan las experiencias de los protagonistas que han dado nuevo sentido al espacio. En estas cartas se aprecia igualmente al joven bibliómano y la historia de algunos de los libros que conservo, como *La civilización del Renacimiento en Italia* de Jacob Burckhardt, cuya adquisición fue para él un sacrificio supremo pero que le permitió viajar con otras alas por tierras que conoció gracias a la lectura de Dante o San Francisco de Asís.

Ninguna de estas cartas es de amor, en el sentido convencional de la palabra. Sin embargo, son las de alguien pudoroso para confesar sus sentimientos, inclusive en un documento tan privado como es la carta. Su destinataria es su esposa, la joven soldadera que en México se quedó a defender la trinchera mientras el guerrero se enfrentaba a sus propios combates que incluían a sus innumerables fantasmas antagónicos: la soledad, el frío, la nostalgia por la patria, signo inequívoco del viajero mexicano.

“El hombre caza y lucha. La mujer intriga y sueña”, escribe Jules Michelet en *La sorcière*, como recuerda Carlos Fuentes en el umbral de *Aura*. En sus silencios y sus paréntesis, estas cartas son igualmente un retrato de Luz Castañeda Ibarra. Mi obsesión por vencer el lado oscuro de la Fuerza no existiría de no ser por la constante lección de optimismo de mi madre frente a la melancolía paterna, ante la culpa experimentada por estar lejos y que en nombre del conocimiento sacrificaba el arte cotidiano de vivir y criar a una familia. La frase *Amada Luz* es una definición de mamá. Luz armada. Luz de cada día. Su inconciencia feliz, su inocencia feroz.

\*

El cónclave de amigos llevado a cabo el 13 de noviembre de 2013 en el Instituto de Estudios Históricos de las Revoluciones en México, estuvo presidido por la fotografía del maestro Martín Quirarte con sus alumnos del Instituto Patria. Entre esos muchachos se cuentan algunos de quienes ahora son los mejores hombres de México. No sé qué celebran, pero todo es juventud, desparpajo, fervor por el presente. Lo que más me acompaña y fortalece es el agua emocionada, suspensa en los ojos del maestro, claro indicio de que no esperaba ese festejo.

El mejor de sus regalos en el cumpleaños número 90 que hubiera celebrado en 2013 fue escuchar testimonios de alumnos suyos que a través de los años y en su trinchera respectiva han mantenido intacto el amor por la Historia que con él aprendieron. Gracias a mi querida Patricia Galeana y a todos los demás alumnos del maestro por hacer este retrato colectivo, esta memoria tan personal de sus trabajos y sus días.

El tiempo ha permitido que el autor de estas cartas, en el momento de su escritura y su consecuente lectura, sea más joven que sus alumnos. En el esplendor de su primer siglo de fecunda existencia, Andrés Henestrosa afirmaba: “Yo vine a este mundo a aprender, y como soy de lento aprendizaje, nunca me voy a

morir”. Leer estas cartas y los testimonios de los alumnos del maestro Quirarte confirma la rotunda verdad de esas palabras. Nunca dejamos de aprender y el auténtico maestro imprime sus huellas en el alma. Nos perturba y transforma y hace suyos. Nos marca para siempre. El corazón de Martín Quirarte no se ha apagado un solo instante gracias a alumnos suyos que asimilaron su lección más importante: vivir cada minuto con integridad, pasión y valentía.

●





Luz Castañeda Ibarra, 1942.

Houston, Tx., EE.UU., 11 de septiembre de 1952.

Amada Luz:

Mi salida de Veracruz se prolongó enormemente. Nos hicieron entrar en el barco desde las cuatro de la tarde. Eran las diez de la noche y no parecía que saldríamos ese día. Una especie de nostalgia prematura ahogaba el alma. Por un momento se hubiera deseado que el buque no partiera jamás o que lo hiciera con rapidez vertiginosa.

Veracruz lucía espléndida con sus edificios adornados de luz. Su faro inmortal y una construcción moderna que parecía una plegaria al cielo fueron para mí una de esas emociones que nunca olvidaré.

Después vino la hora del sueño y al despertar estaba ya en altamar. Lo demás a veces trivial o por lo menos sin incidentes, sin embargo justo es que D. Luis Cuéllar se entere de que estoy dispuesto a darle mi pleitesía allí donde no debo negársela. Se nos sirvió bastante bien y al decir esto quiero indicar que como en casa. Se nos sirvió vino pero no en la cantidad que decía D. Luis Cuéllar, como para ahogarse en él. Aun cuando de acuerdo con los folletos de propaganda de la compañía trasatlántica tenemos derecho de hacer uso de la alberca, jamás nos permitirán hacerlo. Pero haciendo plena justicia a la compañía debo decir que el servicio es mejor del que imaginaba.

Si ves a D. Luis dile que no me olvido de él y que ya le escribiré con todo el detenimiento que es preciso.

A Guerrero debes recordarle que el libro debe llevar en la falsa portada un rótulo que diga "PUBLICACIONES DEL INSTITUTO DE HISTORIA, PRIMERA SERIE. NÚMERO 29".

No deja de preocuparme lo de mi libro por lo que pueda decir D. Rafael García Granados. Si los libros saliesen en la portada tal y como él lo desea, que destruya la portada y

la falsa portada de los libros que deben entregarse al Instituto de Historia. No dejes de pedir disculpas mías ante él, por mi salida precipitada.

Que el índice de mi libro esté completo y que lo haga Guerrero con todo el cuidado debido, debiendo hacerlo general, esto es, poniendo cada parte y cada capítulo como debe ser y no en la forma como se hizo en la tesis provisional de los treinta primeros libros que hizo, que es muy sintética y demasiado incompleta. Todo esto, si no puedes repetírselo de memoria, debes leérselo para evitar cualquier mala interpretación.

Ya me harás una aclaración del estado de cuentas que te haga. No dejes de rezarle todos los días a Ignacio en nombre mío. Dile que no me olvido de él ni de ti.

A Don Aurelio y a Chinto les dices que tampoco los he olvidado.

Cuídate mucho, no dejes de salir los domingos en la tarde. Yo espero que con frecuencia te visites tu mamá.

M QUIRARTE

P.D. Puedes pasar en máquina mis cartas y mandar el original a mi mamá. Escribe siempre vía aérea para España.

Altamar, aguas de Sudamérica, a tres horas de las costas de Venezuela, 24 de septiembre de 1952.

Sra. Luz C. de Quirarte.  
México, D.F.

Amada Luz:

Hace como seis días que estuve en Cuba de mis amores y de mis ensueños.

Habíamos navegado unas cuarenta y ocho horas desde Nueva Orleáns. De pronto al subir a la cubierta vi frente a mis ojos el fuerte de Morro. Frente al histórico baluarte se extendía una espléndida avenida, a lo largo del muelle.

El barco ancló. El deseo de conocer la ciudad me hizo salir rápidamente. Recordando al apóstol sacrificado en Dos Ríos me dirigí al Parque Central en busca de la estatua de José Martí. Aquel maestro de civismo, en todos los mármoles y en todos los bronces, denuncia al hombre que es capaz de sobreponerse a las fatigas del cuerpo y a todas las dolencias del alma. Voluntad que vence todas las peripecias de la vida, santidad de laico hecha para iluminar los pueblos y para profetizar destinos.

Después a recorrer la tropical ciudad en todas direcciones. Me di el lujo, la voluptuosidad soberbia de contemplarla solo. Bellos edificios de arquitectura monumental, muchos de ellos modernos pero con un gran sello de elegancia y distinción.

Hay avenidas de una belleza indescriptible, en que el trópico se puso al servicio del hombre para obedecer sus caprichos. Y a lo largo estas suntuosas y prolongadas arterias de prados y flores, bancas donde el viajero o el paseante puede sentarse a mirar el imponente paisaje.

En las estatuas derrochan el mármol como si fuese piedra.

Hay casas señoriales con jardines hermosísimos. Al pasar frente a ellos se siente un olor penetrante que embriaga el alma.

El Capitolio tiene en sus salones interiores un lujo italiano soberbio. Pero por fuera y por dentro se lamenta la ausencia de un sello de autenticidad cubana. Es que en Cuba el verbo se adentró a la arquitectura. En Martí y en Heredia, la Perla de las Antillas tiene dos poetas que no deshonrarían a ningún pueblo que hable español. En el Capitolio que debía ser resumen del espíritu y el sentir cubano, no existe una huella verdaderamente vernácula.

Sí, hay avenidas modernas, elegantes por su anchura y la belleza de los edificios, existen en cambio calles estrechas y tortuosas.

La gente es fogosa, entusiasta y amiga de disputas. Gritan mucho y hacen poco. Los cubanos tienen una manera de hablar parecida a la de los veracruzanos, solo que se les entiende menos. El veracruzano, sin embargo, es mucho más señorial.

Hay personas muy gentiles, pero también existen otras que no se singularizan por su buena educación.

Algo resulta muy molesto, es que al viajero, como lo conocen con solo mirarlo, más de alguno trata de estafarlo. Hay que andar con mucho cuidado y con suprema cautela.

El negro tiene en Cuba calidad humana, que se desconoce en los Estados Unidos. Por otra parte cabe afirmar que la gente de color, es de rasgos menos acentuadamente africanos. Y no se hable de la gente mulata, que es tan gallarda, tan fina y tan señorial. La mujer bella de Cuba ha de ser casi siempre morena, y tal vez aunque sea con una agota de sangre negra en las venas.

A la Habana hay que amarla y que temerla. Amarla porque tiene para el viajero el encanto de sus adornos tropicales, pero temerla porque su vida ligera es un grave peligro para un hombre virtuoso. Un negro que me llevó al Parque Central, uno de esos negros que tienen el alma blanca como los cisnes, me hablaba con amargura de que al cubano sólo le importaba amasar fortuna y labrar dicha. Con la intuición del hombre de pueblo comentaba que los gobernantes pasaban por el poder público y

salían de él cargados de tesoros, y aquella cortesía y humanidad del negro, aquellas sus palabras elocuentes eran toda un lección de filosofía de la historia. Cuándo tendría Hispanoamérica gobernantes de probidad inmaculada.

En el momento en que te escribo estos renglones miro a lo lejos las tierras de Sudamérica, las costas de Venezuela. Dentro de unas horas pisaré la tierra que fue cuna de Simón Bolívar. Ir a Caracas es un sueño que quiero ver hecho realidad el día de hoy. ¡Dios lo permita!

¡Los días a bordo del barco son tan largos! A cada momento se siente la nostalgia de la tierra natal y de los nuestros. No dejo de acordarme de ustedes. La noche de antier soñé que Nacho estaba ya muy crecido y que nos veíamos todos, en un sitio lejano, muy lejano.

Dile a D. Aurelio que aún cuando mi estómago marcha bastante bien, extraño mucho la comida mexicana. El que ha viajado y vivido fuera del terruño, sabrá lo duro que es vivir sin una tortilla y sin salsa que adoraba Cantinflas. Y decir esto cuando hace apenas unos días que estuve en Cuba donde quieren tanto a México, donde se habla tanto de la patria nuestra, donde se exhiben películas de Cantinflas. Unos días más y quedará atrás mi mundo americano.

Dentro de no más de 24 horas el barco enfilará con rumbo a las Canarias, a un paso de Europa, y adiós por más de un año al continente de lo porvenir.

Hay que seguir comiendo macarrones y pastas y más pastas. La comida que al principio fue un manjar exótico, atractivo para la gula, hoy se vuelve la necesidad de comerlo, disciplina de asceta.

Tardaré unos diez días en escribirte, porque ahora sí que de verdad navegaremos, será la gran travesía. Sin escalas, sin detenciones, atravesando un arco del inmenso hemisferio de aguas azul, hasta llegar a Tenerife a unos días de Gibraltar frente al África tropical.

Salúdame a todos y para ti y para Nacho mis abrazos y besos.

Diciembre 1º de 1952.



Madrid, 1952.

Sra. Luz C. de Quirarte.  
México, D.F.

Amada Luz:

Hoy les mando una fotografía para que sepas de quién es. Debo decirte que el gigante que está hablando soy yo. Si te fijas bien verás que está muy mal lograda. No estoy tan alto ni tan gordo. Si me comparas con las personas que están detrás te darás cuenta de que lo que te digo es verdad. Mi talla es más o menos la misma de la que ellos y sin embargo se nota una enorme diferencia. Parece que sacaron otras fotos, si me entregan alguna otra te la mando. Pensaba retratarme en estos días, cuando lo haga les mando a mi mamá y a ti un retrato.

De nuevo el frío se ha escapado y en estos últimos tres días se ha sentido más bien calor. No temas que me sienta mal por el frío, en realidad mi salud es de lo mejor. Como medida preventiva me han puesto diez inyecciones de calcio, y yo que no creía que el calcio afectaba los nervios, ahora sí creo que esto es cierto, porque el día de la conferencia estuve enormemente nervioso y durante todo el tiempo que he estado bajo la influencia del calcio, sentía los nervios exaltados, hasta cuando escribía a máquina cometía muchos errores. Pero ahora ya todo ha pasado y quedé bien preparado para resistir la baja temperatura. Si el frío es muy fuerte me veré en la necesidad de ir a la costa, pero creo que esto no será necesario.

Me pregunta si estaré para diciembre de 1953 y para que te alegres te diré que es muy probable que esté para antes de septiembre o a más tardar en este mes. Pienso salir a mediados de febrero o a principios de marzo de España y en Francia me estaré por lo menos dos meses. Si me fuese posible permanecer seis y veinte días en Italia habré cumplido con creces mi deseo. De manera que ya puedes hacer cuentas.

No tengas cuidado porque me falte dinero. En realidad tenía suficiente para permanecer todavía otro mes, pero es que deseo ir a Italia en este diciembre y como los giros no los pagan luego hay que tenerlos con mucha anticipación. Quería aprovechar la Navidad para que mi permanencia en Europa fuese lo más corta posible. Si no salgo para Francia luego, se debe a que quiero que pase el invierno, ya que aquí en Madrid es menos crudo que en París.

Si gasto más dinero del debido es que estoy alimentándome bien. Aparte de lo que me dan compro un litro de leche todos los días. Casi todos los domingos salgo a los alrededores de Madrid, para poder conocer lo más importante. Los transportes y precios de restaurantes son más caros que en México.

Ayer que no salí de día me sentí en la tarde hondamente triste. Tuve que salir a la calle a tomar aire fresco y regresé luego. Oigo muchas canciones de mi México, pero me hace falta su aire y su cielo. Tú sentirás angustia, pero no sabes lo que significa vivir sin amigos íntimos y sin parientes, sin mujer y sin hijo. Cuando tengas a tu lado a Íñigo acuérdate de que yo no me olvido de ustedes.

Cuando voy por las calles oigo el llanto o el grito de alegría de los chicos y me acuerdo de mi pequeño. Siento deseos de llorar. Los niños son de una gran humanidad aquí en España. En el parque platican conmigo. El otro día hubo colecta para la Cruz Roja y daban banderas a cambio de dinero que entregábamos. Era una gracia oír a los niños pedirnos banderitas, parecía que aquellas gentes no conocían desde tiempo atrás. Un chico en el parque me dijo: “Me llamo Moncho y tengo dos hermanitas. ¿Tú cuántos hermanos tienes?” Le dije que yo era un niño grande y que tenía un hijo casi como él, me acordé entonces de ese pedazo de mi entraña que había quedado en América. En tu carta me hablas poco de Nacho, menos de lo que yo quisiera, dime qué cosas hace.

M QUIRARTE

Madrid, diciembre 24 de 1952.

Sra. Luz C. de Quirarte.  
México, D.F.

Amada Luz:

Tengo todo arreglado para salir a Roma el próximo miércoles. A las 12 de la noche de ese día yo estaré en la Ciudad Eterna en un templo que ha de tener sin duda maravillas del Renacimiento.

No pude resistir antier a la tentación de comprar un libro sobre la pintura del Renacimiento en Italia. Es una de las ediciones más bellas que yo haya obtenido. Me costó 800 pesetas, algo así como 200 pesos. Ya te podrás dar cuenta que para que haya gastado esa cantidad es porque es una edición hermosísima. Sobre la pintura española hay otros dos libros que valen 800 pesetas cada uno y que haciendo un sacrificio yo debo de comprar.

Acuérdense de mí a las 6 de la tarde, que a esa hora serán las doce en Italia, y yo estaré en la iglesia pensando en ustedes.

Cuida mucho al niño y no dejes de salir a pasear.

Aquí todavía no quiere hacer mucho frío, yo tengo ya muchos deseos de ver la nieve. Me dicen que en Florencia nieva ya para este tiempo.

Las fotos grandes que les mandé me las sacaron en Madrid, me retrataron en la calle.

Las fotos chicas son de África, para que veas que la gente es muy civilizada acá en estas regiones del continente negro.

Mañana te escribo con mayor detalle. Abrazos y besos para ti y para Íñigo.

M QUIRARTE

Madrid 9 de enero de 1952  
Amada Luz:  
Ayer llegué de Italia. Efectué un viaje sin contratiempo, sólo que lamentando que todos los días estuviera lloviendo, salvo los días que estuve en Florencia.  
De Venecia me sedujo el color de sus aguas, así como el lujo de la Plaza de San Marcos, las soberbias edificaciones que la rodean. En Florencia todo es equilibrio, ponderación y gracia se respira un aliento renacentista y medieval al mismo tiempo.  
En Asís sentí la más profunda emoción religiosa que mi alma ha sentido en presencia de un templo. Asís es pura luz, alegría e intensidad mística.  
En Roma imperial y magnífica, se respira un ambiente de grandeza y poderío. Se siente más la emoción del arte que la religiosa. Roma será siempre política por excelencia, fuerza pontificia. Pero religiosidad viva, arte, en su más pura y sublime intensidad, filosofía trascendental, esa hay que ir a buscar a Asís. Tal vez un día vaya el mundo cristiano de Italia a rescatar la sencillez cristiana que el Renacimiento le arrebató con sus besos.

Carta autógrafa de Martín Quirarte

Madrid, 9 de enero de 1952.

Amada Luz:

Ayer llegué de Italia. Efectué un viaje sin contratiempo, sólo lamentando que todos los días estuviera lloviendo, salvo los que estuve en Florencia.

De Venecia me sedujo el color de sus aguas, así como el lujo de la Plaza de San Marcos, las soberbias edificaciones que la rodean. En Florencia todo es equilibrio, ponderación y gracia: se respira un aliento renacentista y medieval al mismo tiempo. En Asís sentí la más profunda emoción religiosa que mi alma ha sentido en presencia de un templo. Asís es pura luz, alegría e intensidad mística. En Roma, imperial y magnífica, se respira un ambiente de grandeza y poderío. Se siente más la emoción del arte que la religiosa. Roma será siempre política por excelencia, fuerza pontificia. Pero religiosidad viva, arte, en su más pura y sublime intensidad, filosofía trascendental, esa hay que ir a buscar a Asís. Tal vez un día vaya el mundo cristiano de Italia a rescatar la sencillez cristiana que el Renacimiento le arrebató con sus besos.

De Italia te mandé tarjetas y cartas, pero ignoro si las habías recibido porque entiendo que el correo no está muy bien entre Italia y México.

Ahora que recibo tus cartas en que me dices que Nacho hace muchas cosas graciosas, ¡siento tanto deseo de verlos! Pero en bien de todo debo sacarle el máximo provecho a Europa.

Saludos a todos y para ti y Nacho mis besos y abrazos.

M QUIRARTE

París, enero 27 de 1953.



París, 1953.

Amada Luz:

En estos momentos acabo de llegar a la Ciudad Luz, y hace un frío y una niebla agradables. Toda la fantasía que me habían contado sobre el clima extremoso de París en este tiempo es pura fantasía.

Al fin estoy en el país de mis sueños. Dios quiera que pueda realizar todo lo que anhelo.

Ayer que salí de España llevaba el alma llena de tristeza. Pensé decir al salir de España la frase de Unamuno: “Venceréis, pero no convenceréis”, pero como por encanto de pronto me dí cuenta de que ya estaba en Francia. Pasé por la aduana. Todo este mundo francés es de decencia y de libertad.

Hoy mismo o mañana por la mañana te escribo y te diré cómo y dónde me voy a hospedar.

Quiero que pienses mucho en mí y que no te sientas doblegada por el dolor.

Ayer en la noche mientras viajaba pude soñarte a ti y a mi hijo. ¿Por qué Dios mío no me permitió oír su voz? Siempre que lo sueño lo veo pequeñito como cuando lo dejé.

Dejé mi equipaje en la estación y en este momento solo llevo un portafolio y una petaquita de cierre.

Tengo la mano adolorida por haber cargado mi petaca que pesa como 60 kilos. Además estoy nervioso y escribo de prisa.

Dentro de unos momentos espero estar en Notre Dame, allí pediré al cielo para que haga nuestro amor eterno y cuide mucho a nuestro hijo.

En el camino perdí la bufanda, como perdí la mascada de lana en Florencia. ¡No tengo remedio! Necesito que me cuide mi adorable Luz. Pero bien pronto será una realidad. Sin embargo no tengo frío a pesar de la niebla. Reciban mis besos y abrazos.

M QUIRARTE



Vicente e Ignacio Quirarte, 1955.

18 Rue Grenelle,  
Chez Madame Gécèle,  
Pour donner à M. Martín Quirarte,  
Paris, France.

Diciembre 1º de 1955.

Sra. Luz C. de Quirarte.  
México, D.F.

Amada Luz:

Recibí con gran alegría la foto que me mandaste de Ignacio y de Vicente. Tenía deseos de ver a mi Ignacio con su cara sonriente. Siempre lo había visto o lo habían sacado serio, en cambio mi Vicente salió ahora de pocos amigos.

París es un mundo que ya conocía y sin embargo me parece distinto. De cada lugar que se le mira o se analiza es tan profundamente diferente. Estoy asistiendo a la escuela. No he tenido dificultades para poder comprender. Puedo explicarme todo. Sólo he tenido que luchar mucho por tratar de corregir mi acento. ¡Y es tan difícil aprender la lengua francesa!

Con la familia con quien vivo me han tratado muy bien. Es un matrimonio de personas que en otro tiempo fueron ricas, pero la revolución rusa les arrebató su fortuna. Con ellos tomo el desayuno, pero las comidas las hago fuera en un restaurante universitario. Sin embargo ya me han invitado a comer con ellos e incluso el señor me llevó el otro día al teatro.

La vida está sumamente cara. Eso lo saben perfectamente los franceses. No le falta razón a D. Andrés Lozano cuando dice que París es la ciudad más cara del mundo. La ropa tiene precios de fantasía y no siempre es bonita. Nueva York que a veces copia modelos parisinos da a un precio incomparablemente más barato.



Lo que he visto son muchas cosas de fantasía muy bonitas, tales como anillos, pulseras, collares, aretes. En esto sí creo que París no tiene rival en la tierra para hacer fantasías tan bonitas dando la impresión de ser cosas de alta calidad. Y sobre todo es preciso considerar que son únicas y alguna pieza de éstas en México pasa por no ser del nada vulgar.

La señorita Sauve debe permanecer en París sólo tres meses. Con ella pienso mandarte un collar y alguna cosa pequeña para no molestarla demasiado.

He vivido demasiado alejado de todos. Es lo mejor. No cesan estas gentes de hablar castellano. Me cuesta mucho trabajo someterme a disciplinas tan severas. Hago todo lo que está de mi parte para no pensar en español. Hasta este momento he procurado lo más posible transportarme a pie. En parte esto lo permite el que estoy en un sitio sumamente céntrico. Además el precio de los transportes es sumamente caro. Y sin embargo, no obstante todo esto se gastan muchos francos cuando hay que trasladarse de un lugar a otro utilizando el metro.

Haré todo lo posible por no salir los domingos sino hasta la noche. Esto lo haré por varios motivos. Estoy muy ocupado, además el frío que hace es tan intenso que no dan ganas de andar en la calle. A la Comedia Francesa, si me lo permite mi dinero, procuraré ir una vez por semana.

Me dices que Zarabia fue al puesto. Realmente debí de haberle avisado. La precipitación con la cual salí me lo impidió. De todas maneras pienso escribirle. Hay que darle \$30.00 mensuales. Pero con todo y sus locuras siempre he creído que es un hombre muy bueno y un corazón generoso. Puedes darle \$100.00, le debo desde hace como unos cinco meses. En todo caso le dices que pasas por apuraciones en asuntos de dinero y que yo dije que él era lo suficientemente amigo como para esperarme. Si no tienes de momento puedes darle algo. Es sumamente generoso y sobre todo me tiene estimación. De todo esto ya te daré indicaciones. Si no sabes su domicilio, en el directorio de teléfonos buscas Zarabia y allí fácil localizas la dirección.

Quisiera que me mandaras lo siguiente: El libro que se llama *México en el Arte* y que está escrito en francés. Es un libro grande, que vea Manolo que yo creo lo conoce. Además de esto tres cierres automáticos de diez centímetros, dos micras para guardar credenciales y la vasija eléctrica que iba a traer, pero que la pongan antes de mandarla. Que Manolo me busque en un cajón del librero grande una tarjeta que me mandó un doctor francés con motivo del año nuevo de 1955. Es una foto hecha a colores con un paisaje de África francesa. Yo creo que será necesario revisar con cuidado tarjeta por tarjeta. Me es muy urgente.

Salúdame a todos y de tu esposo recibe besos y abrazos que darás a Vicente y a Nacho en mi nombre.

M QUIRARTE

P.D. Pensaba que me mandaras la vasija de aluminio, el libro y los cierres con Juvencio López Vázquez. En todo caso puedes hacer una cosa. Pregúntale a D. Luis si es posible molestar a Juvencio que sale el 15 de diciembre a México en viaje directo en avión. Si esto se puede hacer sería cuestión de hablar por teléfono con Juvencio y decirle que habla la esposa de Martín Quirarte para preguntar...

Pero mejor he pensado, en estos momentos no es bueno molestar a nadie ni mandar esto. El único medio sería con una persona que viniera a ésta y pagándole naturalmente el precio del transporte aéreo. Pero dile mejor en todo caso a Benjamín si es posible mandar esto por express aéreo. Si se puede bueno. Pero si esto no fuese posible no molestes a nadie. Yo quisiera hacer café para no verme en la necesidad de comprarlo fuera que es tan caro. Si no es una complicación muy grande lo haces, pero si resulta un problema abstente de ello. Aquí yo no tendré ninguna dificultad para retirar el bulto.

He escrito esta carta con una cantidad de disparates que no siento deseos de leerla. Pero si hago otra ya no saldrá hoy. Escribiré con mayor calma después.

París, Francia, 4 de diciembre de 1955.



Luz y Vicente Quirarte, 1954.

Amada Luz:

Hoy fue un día triste, pese al sol que por instantes iluminaba París. Fui a misa temprano. Oré, oré, no sé cómo ni de qué manera, pero lo hice. Después estudié algo. Salí como a las doce del día, caminé por algunas calles, llegué al jardín de Luxemburgo. Siempre solo, eternamente solo. Bien dice el proverbio que más vale solo que mal acompañado. A esa regla severa quiso siempre mi padre que yo me sometiera. Hoy le doy toda la razón. La vida lo ha confirmado, mi padre tenía razón. La vida ha confirmado la certeza de sus convicciones. Pero es tan dura la existencia en esa forma.

Me cuesta tanto trabajo obedecer la disciplina de una lengua que no es la mía, pero debo aceptarla como método.

Pensé mucho en ti y en mis hijos, cuánto hubiera dado por apretarlos contra mi corazón. Hoy hace algunos años que preparábamos en esta noche el próximo día de nuestras bodas. Mañana iré al templo y oraré por ustedes. Hoy llegué a sentir el corazón tan atormentado por la tristeza que pensé no haber merecido la felicidad que otras veces me habrían brindado los míos. Pero no quiero ya hablarte con palabras de tristeza. Debemos tanto tú como yo evitar frases plenas de melancolía que lejos de darnos un consuelo nos lastiman el alma. Te voy a seguir narrando mi viaje en los Estados Unidos.

La última parte que te escribí entiendo que te contaba que iba a visitar a la familia amiga de Felipe.

La casa a que me había citado la familia amiga de Felipe estaba ocupada por un viejo venerable nacido en Rumania que ha vivido en Estados Unidos más de cuarenta años. Alguna vez estudió el francés pero ya lo ha olvidado. Fue generoso, me quiso bien, me pidió le escribiera cuando estuviera en Europa.

Ofreció que me contestaría. Me regaló papel y sobres finos, un lápiz. Me obsequió con una merienda. Me interrogó sobre todo, mitad en francés y mitad en inglés. Le respondí en la misma forma y me despedí de él pensando que una vejez así debía ser encantadora. Evoqué la figura de Walt Whitman, el hombre de la barba bella como la niebla, poblada de mariposas, que después de haber gozado la vida por todos los poros aceptaba su destino. Tullido y enfermo en su modesta casa de madera hasta el último momento de su existencia fue fiel a su doctrina. Había predicado el amor del hombre al hombre, quiso hacer “la camaradería tan estrecha como los árboles que bordean los ríos de América”, y “crear un continente indisoluble, haciendo la raza más espléndida que haya iluminado jamás el sol”.

Años después de su muerte en la Manhattan que tanto adoraba, en una calle cercana a Broadway que recorriera miles de veces, el plebeyo de Long Island, encontraba un viejo adorable que me trataba como un camarada. Yo ya soy viejo me decía, tengo ochenta años. El año próximo regrese a Nueva York y venga a visitarme si aún vivo. Yo espero que así sea, que viva muchos años para que pueda decir y sentir lo mismo que el autor de *Hojas de Hierba*:

¿Quién es el que ha ido más lejos? Porque yo quiero ir más lejos.

¿Y quién es el que ha sido más justo? Porque yo quiero ser el hombre más justo de la tierra.

¿Y quién ha sido el más feliz? ¡Oh! Creo que soy yo. Creo que no existe nadie más feliz que yo.

¿Y quién lo ha prodigado todo? Porque yo he prodigado constantemente lo mejor que poseía.

¿Y quién ha sido el más orgulloso? Porque yo creo ser el más orgulloso de los vivientes, pues soy hijo de una gran capital de altísimas techumbres.

¿Y quién ha sido el más audaz y leal? Porque yo quiero ser el más audaz y leal de todo el universo.

¿Y quién ha sido benévolo? Porque yo quiero ser más benévolo que todos los demás.

¿Y quién ha recibido el afecto de un mayor número de amigos? Porque yo sé qué es recibir el apasionado afecto de innumerables amigos.

¿Y quién posee un cuerpo enamorado y perfecto? Porque no creo que exista nadie que posea un cuerpo más perfecto y enamorado que el mío.

¿Y quién concibe los más vastos pensamientos? Porque yo quiero circundar sus vastos pensamientos.

¿Y quién ha escrito himnos en honor de la tierra? Porque yo me siento arrebatado por el éxtasis devorador de crear los himnos más gozosos para toda la tierra.

El yanqui neoyorquino contra lo que yo esperaba camina sin precipitación, sin esa velocidad con que lo hace a veces el francés. La marcha del angloamericano de Manhattan tiene algo de eso que decía Bazalgette hablando de Whitman: “marcha con un paso pesado y rítmico de elefante”.

Pero si camina sin correr, su vida es una de las más organizadas. Francia parece modelada en su vida y en su lenguaje por el genio de un Descartes y de un Pascal que quiera decir con precisión, belleza y ponderación. Estados Unidos e Inglaterra parecen educados por un genio de la severidad y de la concisión. No más palabras o pasos de los indispensables y que el tiempo sea distribuido sin desperdicio de un minuto. La austeridad puritana está en los ingleses y norteamericanos admirablemente personificada. Deben ser parcos hasta para sonreír, como si la sonrisa debiera escatimarse.

Pero a diferencia de lo que sucede con los españoles y los hispanoamericanos, el yanqui resulta bárbaro frente al inglés. Este último es el más fino, el delicado, el exquisito pero sin dejar de ser viril. El angloamericano es enemigo de la etiqueta y ama no sólo la libertad sino la igualdad.

Pero para llegar a esta culminación social fue necesaria una lucha secular. Estados Unidos fueron en cierta manera hijos del sistema político parlamentario inglés. Cromwell a la cabeza había llevado la revolución religiosa hasta el último extremo. Consolidó la omnipotencia del Parlamento y la Gran Bretaña comenzó a subir por un camino de prosperidad ilimitada mientras España y su Imperio vivían en pleno absolutismo.

Inglaterra a partir de ese momento había afirmado sus libertades, pero no había conquistado su igualdad. Las jerarquías existían. Existen todavía. La reina, la familia real son superiores a los lores. Los lores son superiores al resto del pueblo.

Pero en América un grupo de hombres de origen inglés se preparaba para conquistar también la igualdad. No bastaba que el hombre fuera libre, era preciso que no hubiera jerarquías ni menos esclavitud. Un pueblo entero se puso en marcha después de la guerra de secesión que tuvo como hombre más ilustre a Lincoln, los Estados Unidos lograron la igualdad, casi la igualdad.

Y digo que casi consolidaron la igualdad porque aún subsiste para sonrojo de los Estados Unidos un cierto desprecio contra el negro que debiera liquidarse. Se le trata con ciertas reservas. En cambio nosotros no tenemos ya prejuicios de castas.

Pero tiene el yanqui algo que nosotros no hemos podido lograr: una gran sencillez en su vida. Al llegar a los restaurantes automáticos me emocionaba intensamente ver cómo cada cliente se servía sus propios alimentos. Voy a explicarte cómo es. Pasas por una puerta automática, tú coges la comida que quieres y pagas finalmente al salir. En otros restaurantes que no son automáticos el servicio se hace con gran cortesía sin señoritismos odiosos a la española. Se lamenta sin embargo que no haya en los Estados Unidos esa gran alegría que tienen nuestros pueblos de la América española.

Y qué te puedo decir de la ropa. Hay vestidos y abrigos muy bonitos. Todo ello te diré que es uniforme, esto es, no hay un gran surtido y los precios no son muy altos. Nunca se ve en los grandes almacenes esa ropa con precios exorbitantes.

Yo recordaba al hombre bueno y noble que fue Walt Whitman y me sentía tan hondamente impresionado que creo haber llegado a penetrar al gran artista yanqui hasta el último repliegue de su corazón.

Durante el día dominado por la emoción de mirar aquella ciudad, caminé kilómetros y kilómetros. La calle de Broadway no sé cuántas veces la recorrí. Por las noches llegaba cansado.

Contra lo que se piensa comúnmente no es una ciudad ruidosa y la gente se duerme temprano. Edificios de más de 100 pisos y a la hora de la salida del trabajo el orden y la más absoluta disciplina se mira, el tráfico funciona maravillosamente organizado.

A las 7 de la noche casi la mayoría de las tiendas están cerradas. A las 10 de la noche pocas gentes circulan por la calle.

En el hotel donde estaba se hablaba español. Pero aún allí la gente no es muy comunicativa. Cerca del hotel había una cafetería donde se hablaba español, pero siempre preferí tartamudear el poco inglés que yo sabía.

Subí a lo alto de los edificios: El Empire State y el Rockefeller Center. El primero es el más alto del mundo. El segundo me impresionó hondamente. La voluntad creadora de un solo hombre: Rockefeller había hecho el milagro no de construir un edificio sino una gran cantidad de edificios que constituyen una verdadera ciudad. Al subir al mirador era de noche y Nueva York y sus edificios vistos desde allí eran un derroche de luz y de lujo. Whitman había dicho: "Ciudad que un día serás grande porque yo he cantado para ti". Sólo una raza así, con un representante como Whitman pudo haber hecho el milagro neoyorquino.

Frente al más grande edificio de Rockefeller hay un patio donde patinan admirablemente bien hombres, mujeres y niños.

Dentro de la misma ciudad de Rockefeller existe un espectáculo maravilloso que es el City Hall, combinación de teatro y cine. En una sala lujosamente arreglada caben 6,000 personas. La representación teatral es asombrosa. Hubo una especie de ballet, prodigioso en su representación y muy lujoso en su vestuario.

Cerca del hotel estaba un sitio llamado “Central Park”, bosque hermoso, pero mucho menos que nuestro Chapultepec.

Había sin embargo recorrido mucho la ciudad y aún no visitaba el Metropolitan. Me seducía más el prodigio de la vida moderna que estaba contemplando que todos los temas de arte de uno de los mejores museos del mundo. La víspera de mi partida con destino a Europa me dirigí al museo. Admiré cuadros espléndidos del Tintoretto y de Tiziano. Creo sin embargo que de estos dos pintores hay mucho mejores obras en el Prado y en el Louvre. Pero me llamaron particularmente la atención una pintura del Greco representando el nacimiento de Cristo, la sala de La Comedia Francesa y un cuadro de un pintor impresionista.

Este cuadro del pintor fue para mí objeto de una evocación poética. Deseaba tiempo atrás conocer esta pintura. Te contaré la historia sin poderte garantizar la absoluta fidelidad literaria.

Un día pasaba un viajero por cierto lugar de África. Se vendían mujeres a precios diferentes. De pronto se hizo una oferta: una mujer por un precio exorbitante. Aquello ofendió al extranjero. ¿Podía valer más una hermosa mujer que un caballo de batalla? Pero al verla perdió la cabeza, vendió todo lo que tenía y no alcanzó a reunir el dinero necesario. A un amigo mandó una carta pidiéndole dinero y explicándole el motivo de su angustia. El amigo generoso, le mandó lo que pedía y algo más. Pero le dice: ¿cuándo pensarás con cordura? ¿Con qué dinero podrás sostenerla? Cómo poder mantener el lujo de “ton huris” (mujer salida del Paraíso de Mahoma). El resto de la historia lo desconozco. Sólo pienso en que había una razón muy fuerte para que aquel extranjero hubiera sufrido tan fuerte conmoción. La figura es de cuerpo entero y tan hermosa, tan poderosamente sugestiva. Hay otras mujeres hermosas en el arte pictórico, por ejemplo la Venus de Botticelli, pero la mujer a que hago referencia teniendo la belleza que no tiene la Gioconda, tiene una mirada tan profundamente misteriosa y tan atrayente.

El Greco sacudió mi sensibilidad con sus estupendas obras, pero la que más me agradó fue el nacimiento de Cristo. Ni

una pincelada de más, ni una de menos: parece que tal fue su consigna. No pinta, esculpe, no dibuja, sino que parece que tiene un secreto que se llevó a la tumba, para dar a sus figuras la impresión de estar en una atmósfera extraterrestre. Más que un pintor es un inspirado que concibe lo extraterreno. El Greco hubiera bastado para dar el nombre a un siglo, si ese mismo siglo no hubiera tenido en la misma España colosos como Ignacio de Loyola, Felipe II y Hernán Cortés. Y qué decir del juego caprichoso de su colorido, de la distribución de sus luces y sombras.

Es un maestro consumado en el arte de distribución de espacios. Y si no tiene sentido de las proporciones o si rompe deliberadamente con la simetría sus figuras para mí se ven así ennoblecidas.

Había, sin embargo, como existen también en Europa, cosas del Greco que no me gustan mucho. Cuando trato de juzgar sin prejuicios el entierro del Conde de Orgaz, pienso que abusó demasiado de los tintes melancólicos. Tiene razón Vasconcelos cuando dice que enfermó a todos sus personajes de ictericia, que no respiran el cristianismo en su más alta pureza, sino la atmósfera de la inquisición.

La vida de Molière en su aspecto más heroico vino a mi memoria al mirar la silla en que representaba *Le Malade Imaginaire* por última vez. Presintió su muerte el mismo día de la representación final de esta pieza. No aceptó dejar de ir al teatro no obstante las súplicas de su mujer y de Baron.

Había 20 hombres pobres que de no hacerse la representación ese día, no tendrían qué comer. Era entonces necesario el sacrificio. Él había sido feliz mientras la vida había dado satisfacciones mezcladas de desventura. Ese día ya no podía más, estaba agobiado por la pena.

En la silla que está en el Metropolitan representó realmente la escena del enfermo imaginario. La convulsión precursora de la muerte se apoderó de él. Algunas personas del público lo notaron. Pero él disimuló con una risa forzada los dolores “Aquella risa había más de una vez conmovido los más fríos espec-

tadores”. Poco después de la representación moría el más grande genio de la Comedia Francesa.

Frente a la “tragedia vestida de frac” de un Racine, frente a la solemnidad de Corneille, Molière hizo reír, cantar a sus personajes. El hijo de un tapicero del rey que en su tiempo era un personaje, supo desde los veinte años de edad renunciar a todos los convencionalismos de la aristocracia para ser hombre de pueblo.

Por eso está tan cerca, tan íntimamente ligado a nuestro tiempo, a nuestro siglo. Por su intuición genial, por la profundidad de sus ideas abandonó el siglo de Louis XIV como un gran señor. Él está presente en nuestra época y vivirá eternamente mientras la humanidad viva.

Al mirar su sillón mi mente no podía menos que recordar al autor de *Tartuffe*, *Le Misanthrope*, *Les Précieuses Ridicules* y otras tantas comedias inmortales.

Cerca del sillón había un cuadro de Renoir que representaba una artista de la comedia francesa. Había puesto el gran mago del impresionismo francés tanta vida en el retrato que sentí de pronto actuar la comedia delante de mis ojos.

Después de haber estado cuatro horas contemplando las galerías del Museo, sentía deseos de reposo. Fue un descanso mirar a través de los cristales de la ventana la mañana otoñal del Central Park. El paisaje era espléndido en su melancólica expresión. Las hojas caídas, los árboles casi desnudos. Aquello tenía el encanto de un parque bien cuidado, no la exuberante belleza de un bosque tropical.

Traté de salir para sentir el aire fresco de la calle. Tardé en encontrar la puerta de salida. De momento ya no quería más arte ni saber cultural. Es más hermosa la vida que toda la ciencia de los libros, parece haber dicho Whitman.

Era mi penúltimo día de estancia en Nueva York. Era tarde y el amanecer del siguiente estuve inquieto, nervioso, preocupado. Me parecía que el barco me abandonaba.

Al día siguiente, solo, me dirigí al muelle. Llegué a él. Me

dio la impresión de que allí no le importaba a nadie nada de nada, fuera de su mundo personal. Cada cual atendía sus propias cosas. Sin tener quién hablase conmigo francés ni español. De esto no parecía haber ni la mínima esperanza.

Me encontré un yanqui generoso y amable, la personificación de la gentileza, que condujo mis maletas. Luego un inglés como de dos metros revisó mi boleto y mi pasaporte. Después vino una sorpresa, atravesé una escala y de pronto ya estaba en el barco. En el barco más grande del mundo. ¡Asombroso! El momento había sido de ensueño. No había habido ni aduana ni rostros torvos. Si con la excepción del que llevó los equipajes (que he dicho que personifica la gentileza) si nadie fue amable, tampoco nadie fue grosero.

Al llegar al camarote un viejo gentil me dijo que era el camarero. No hablaba tampoco ni francés ni español. Trató de tartamudear mi lengua materna sin ningún resultado satisfactorio. Era preferible oírle hablar inglés.

De compañero de camarote me tocó un suizo de la Suiza alemana que baranguinaba (tartamudeaba) el francés. Hombre sencillo, especie de niño grande.

Del viaje a través del mar no puedo contarte casi nada. Ya te dije que es el barco más grande del mundo. Los camareros y los meseros no hablaban inglés ni francés. Parecen lores convertidos en sirvientes. Impecablemente vestidos, incapaces de quebrantar la etiqueta. Todo el mundo serio, muy serio.

El mar no estuvo tranquilo, pero como el barco era muy grande se movía poco.

Me acordé del día de mi santo la víspera. El día de mi cumpleaños perdí la noción del tiempo y no recordé que cumplía 32 años.

El día 13 pensé que por primera vez en mi vida consciente me había olvidado de la fecha de mi nacimiento. Había vivido con la noción de que no existía ni espacio ni tiempo. Sólo había un barco que se movía como una hamaca rumbo a un destino a donde llegaría tal vez un día, tal vez nunca. El mismo 13 las

olas azotaban con furia la cubierta. Eran tal vez olas de más de siete y ocho metros de altura. Realmente lamento no haber visto este espectáculo que tuvo lugar como a las once o doce de la noche. Hubiera valido la pena sufrir un mareo pero contemplar la naturaleza enfurecida.

Pero mientras, yo trataba de dormir y el estómago se sublevaba, protestando contra la bravura del mar. El barco continuaba su lucha contra las olas.

Después me dormí. Los soñé a ustedes. El 12 en la noche tampoco estuve solo: también te soñé.

Al amanecer el día 14, el mar estaba ya más calmado, pero un viento azotaba con fuerza gigantesca. Fue un regocijo del cuerpo sentir la frescura de aquel aire húmedo que casi derribaba cuando se caminaba sobre la cubierta. Ese día en la mañana el comedor no estuvo muy concurrido. Los mareados no pudieron asistir al desayuno.

La comida fue buena para un estómago yanqui o inglés, en todo caso para comer en tierra firme. Pero yo ya no resistía y deseaba mi comida mexicana y suspiraba por la cocina francesa. Mientras meditaba: tal vez antes de 36 horas ya pueda comer en París.

Leía y escribía mucho a ratos. Pero había momentos en que esto era imposible porque me lo impedía el balanceo del buque y comenzaba a sentir los malestares precursores del mareo.

Después descubrí que viajaban en el barco sólo 3 personas que hablaban español. Más tarde un grupo de sacerdotes y monjas canadienses que hablaban francés. No hablo casi a los hispanoamericanos y hago a veces el milagro de hablar inglés. Mi intento de charla inglesa resulta pintoresca.

Con excepción de los canadienses que tienen el francés como lengua materna y de dos señoras francesas con quienes no he hablado, nadie conozco en el barco que pueda expresarse mejor que yo en francés. Siendo más claro sólo existen tres personas, con los que tengo que tratar mis asuntos de visa, que son los únicos que pueden pronunciar una que otra frase. Pronuncian el francés con acento inglés, y a veces se enredan enormemente

al expresarse. Hacen una mezcla pavorosa de francés e inglés. Hay momentos en que empleo palabras que no conocen ellos y se quedan sin entenderme.

El día 13 y el 14 hubo un poco de animación, pero siempre frenada por el puritanismo yanqui o la calma inglesa.

El día 15 con la exactitud de los ingleses el barco llegó a Cherbourg.

La compañía tiene sus propios ferrocarriles. El día era espléndido para ser de otoño. Fue una mañana fresca. El cielo lucía con un sol espléndido. Pájaros desconocidos para mí volaban sin interrumpir la calma de aquella mañana. El azul claro del mar me recordaba las aguas del gran canal de Venecia. Una hora después que el buque arribaba ya estábamos en la estación. Después la marcha rumbo a París. En esos momentos serían como las tres de la tarde.

Francia es una obra maestra de armonía y de matemática. Cada fragmento de tierra estaba cultivada. La distribución de los terrenos de cultivo parecía haber sido hecha con genio de artista. Entonces evoqué unas frases espléndidas de Balzac: “En todo el país cambiaba de aspecto y el cielo y la luz; las montañas babeaban de color, las vertientes de matiz, los valles de forma: imágenes múltiples y oposiciones inesperadas, sea un rayo de sol a través de los troncos de árbol, sea una claridad natural o algunas pendientes, era una delicia mirarlos en medio del silencio, en la estación en que todo es joven, en que el sol luce en el cielo puro. En fin, era un bello país, era Francia.”

Después de haber caminado unas dos horas el paisaje cambió notablemente. Una niebla invadió todo, la temperatura se hizo terriblemente fría. A París llegué al anochecer. La primera noche de mi llegada no fue muy agradable.

Dejé todas mis cosas en la estación. Me dirigí con un portafolio y algunos libros a casa del señor Mollet. Primera desilusión. El señor Mollet había partido para Bretaña. Segundo, no había ni una sola recámara disponible para mí. Al instante partí a la ciudad universitaria adonde según me había dicho el señor

Chevalier me tenían reservada una recámara. Entonces al llegar al Pabellón de México sentí toda la intensidad, la dureza de mi propio país. Siempre he sostenido que las clases que se presumen cultas en México y España, en general son de lo más odioso que existe en el planeta. No encontraba donde estaba la puerta de entrada. Por fin di con ella. Me recibió un mozo con todo el despotismo característico de algunos de nuestros gatos. Para mí no había nada. Después encontré algunos mexicanos que me miraron con una frialdad enorme y sin ninguna gentileza. Comprende la desilusión que sentí ese día. Después tuve que ir a un hotel carísimo para mis limitaciones, barato en comparación al alto costo de la vida en esta ciudad. El resto ya lo conoces un tanto y ya te lo explicaré todo.

No se dejen llevar por la desesperación. Yo deseo que tanto tú como todos los míos resistan con resignación estos meses que nos separarán. Siento a veces una infinita nostalgia. Siendo claro, no hay un día que no la sienta. Había pasado ya más de una semana sin pensar tanto como hoy en español. Comprenderás que a fuerza de pensar en francés yo me fatigo mucho y más cuando no alcanzo a dominar todavía en toda su profundidad el idioma. Pero espero que poco a poco me vaya imponiendo.

Divídanse el tiempo. Sal al jardín cuando puedas. A Manolo dale en las tardes o en las mañanas unas dos o tres horas para que pueda estudiar. Como yo no puedo escribir mucho a todos, que pase cada una de mis cartas en máquina y con una copia. Esta copia que se la mande a Daniel. Yo escribo con demasiada precipitación y sin cuidado. No puedo leer y reconstruir la carta pero él la hará cuidadosamente. En todo caso la literatura que sea íntimamente personal para ti, esa puede no pasarla en máquina. Pero el resto es de interés general y a mí me interesa guardar todas estas impresiones a reserva de utilizarlas un día. Mis besos para ti y mis hijos.

M QUIRARTE

París, 3 de enero de 1956

Sra. Luz C. de Quirarte.  
México, D.F.

Amada Luz:

El 31 de diciembre del año pasado pasé a las diez de la noche por la Catedral de Notre Dame. El frío no era intenso y el imponente edificio lucía espléndido en un cielo dominado por una luna verdaderamente hermosa.

Nadie esperaba que para fines del año fuera posible tener un clima relativamente benigno como éste. En otros años el frío es intensísimo y en ocasiones una gran capa de nieve se ve por todas partes. Pero pese a todo para quien ama el sol, esa noche tenía que ser un tanto triste.

Sentía nostalgia de mi México. Tenía enfrente una catedral cerrada y cerrados están todos los templos franceses y casi me atrevo a decir, europeos, después de las ocho o nueve de la noche si no antes. El desfile de las gentes por los templos, el continuo bullicio, esa alegría religiosa de mi México, es tal vez única en la tierra el día 31 de diciembre.

En un mundo moderno en que la luz tiene un papel tan importante, da tristeza ver los templos solos. Y en la noche cerrados cuando fuera tan hermoso encontrar en ellos calor, ese calor que solemos encontrar en nuestro país.

Si la noche había sido bella, si el cielo había tenido una luna maravillosa el día siguiente, el primero del año prometía ser más hermoso. Ironía. Durante casi toda la mañana y parte de la tarde la lluvia caía ininterrumpidamente. No quise salir en todo el día primero.

La famita Gécèle tuvo la gentileza de invitarme a comer. Estuve respirando una atmósfera totalmente francesa. Los



abuelos, los hijos y los nietos. Y no obstante aquella familiaridad había algo adentro que me decía que jamás encontramos una segunda patria. Era algo como ese fuego sagrado que ardía en el corazón de Martí cuando peregrinando “con una pluma y una lira”, y dejando en cada rincón del mundo jirones de su fantasía, perfume y amor, no olvidaba su isla objeto de todos sus amores.

Y a mí que me han colmado de consideraciones, que sé que mi familia está bien y me espera, me suceden tales cosas. Hay que imaginar la agonía de un doctor Mora, la melancolía de Montalvo, la tristeza de un Porfirio Díaz.

Anoche los soñé a todos. Cantaban y reían conmigo. Y esto no será muy lejano. Mientras tanto reciban mis besos y mis abrazos. Recuerdos a todos los que te pregunten por mí.

M QUIRARTE

P.D. Le escribí a don Luis. Ignoro si recibió mi carta y si está aún en México. Aproveché esta carta para mandar en el mismo sobre, un escrito para el Sr. James. Ignoro si lo ha recibido. Está don Luis en Vallarta. En todo caso si ves a María Luisa dile qué hago con sus regalos que mandó conmigo para sus amigos.

Francia, enero 12 de 1956

Sra. Luz C. de Quirarte.  
México, D.F.

Me conmueven tus palabras. Siempre tendrás para mí la ternura de una madre unida a la abnegación de una esposa. ¿Es que soy incorregible? ¿Es que seré en el fondo eternamente un niño en ciertas manifestaciones de mi vida? ¿Y tú serás como has sido?

A don Luis yo le había escrito respecto del cancionero. Es verdad que me salió costando un poco más, pero no tiene objeto hablar de esto. Deseaba vivir con una especie de reserva para un caso necesario. No puedo saber lo que pudiera acontecerme en un momento dado. Esta fue la razón por la cual me decidí a tomar tal decisión. Aun conociendo toda tu abnegación y tu sacrificio, consideré que don Luis siempre tiene una cifra disponible y no hubiera sido un gran problema par él desembarazarse de una corta cantidad de dinero en consideración a su situación.

Ya me estaba enfermando la atmósfera fría, eternamente fría de París. Era un tormento infernal desde el punto de vista de la falta de un medio adecuado para poder trabajar. Quería aire, luz, vida y me costaba un trabajo inmenso estudiar, ya a veces me era imposible en absoluto. Aún no comenzaba el frío intenso y sin embargo ya me doblegaba. Deseaba comprarme un suéter y no podía hacerlo por falta de recursos. Son de calidad excelente pero tienen un precio como de 200.

Los primeros días por lo que se refiere a cuestión económica fueron demasiado difíciles. Ya no los he vuelto a tener y no veo que los pueda sentir más. Son increíbles ciertas limitaciones que impone aquí la vida. Una llave cuesta como \$35.00 pesos mexicanos. En casa de la señora Gécèle tenía dos. Puedes por un tanto comprender que de perder un día las llaves hubiera

que pagar \$70.00 y se hubiera en cierta manera enterado todo el orden del universo en presencia de esto.

Deseaba retirarme lo más posible de todo contacto con gente de habla española, para poder practicar lo más posible el idioma extranjero. Esta era la causa por la cual no estaba en la Casa de México aparte de que no había sitio disponible. Pero el director se adelantó a resolver mis problemas y ya estoy en la ciudad universitaria, pero no en el pabellón de México, sino en el de Noruega. Es un sitio con todo el confort de la vida moderna. Al dejar la casa de la señora Gésèle, sentí la impresión que ha de sentir el condenado a prisión cuando siente la atmósfera de la libertad. La señora era muy buena, pero las condiciones de su casa para quien está habituado al sol y al aire son terribles. Hoy estoy en el pabellón de Noruega. Las gentes son buenas, el ambiente es muy serio. En este momento que te escribo son cerca de las ocho de la mañana y no se siente el menor frío. Mejor dicho, puedes ver caer la nieve desde la ventana y dentro de tu recámara sientes una temperatura como la del mes de mayo en México. ¿No es esto ideal?

Mira, Luz, yo soy un hombre que puede a veces estar contento con poco. Tú dices que no he estado acostumbrado a limitaciones. No, sí he estado, pero en los últimos años Dios nos ha dado siempre lo suficiente, si no para vivir cómodamente, sí por lo menos para vivir sin angustias.

Pero en otros momentos de mi vida he vivido limitado y nunca me he sentido verdaderamente triste. Lo que sí me oprimía el alma era el frío intenso. No es el frío de otros años. Ha tenido París, según dicen las gentes, una de las mejores temperaturas invernales de los últimos 20 años. El frío, si estás abrigada es menor que el que puede sentirse sin abrigo en México en diciembre. Ha habido días espléndidos con sol. Ya te platicaré de todo esto. Pero el sol no calienta y todo el día es frío, intensamente frío para mí, y naturalmente esto es lo que me tenía casi enloquecido. Me era imposible estudiar, hacía esfuerzos y me era difícilísimo. Ya acabó todo esto. El sitio que ocupo es de lo mejor. Si estuviera

en un hotel de Les Champs Elisées no pagaría menos de 80 o 100 pesos diarios.

No Luz, a mí el estudio me divierte, un buen libro para mí es en estos momentos más hermoso que hacer un paseo. Afortunadamente gozo de una inmensa libertad y en lo sucesivo permaneceré mucho tiempo en casa. Ya te contaré todas las peripecias por las que atravesé, pero ya todo esto pasó.

En ocasiones entraba al cine porque no había otro sitio a donde entrar. Allí me estaba hasta cuatro horas y no era sumamente cómodo que digamos.

Tu marido dará dos conferencias. Una en francés y otra en castellano. En francés, sobre la presencia de Whitman en la literatura francesa; en castellano, sobre la vida y obra de Justo Sierra. Esto será hasta mayo.

Lo que me dices de tu estado me alegra, pero lo recibo serenamente. Hiciste bien habérmelo dicho. Debemos tener la calma suficiente para enfrentarnos a estas situaciones. Debes de ir lo antes posible para ver al médico y precisa que sepas con cierta exactitud la fecha del nacimiento. No sería difícil que yo estuviera hacia esos días en esa o en todo caso, poco después. Pero necesito que lo antes posible me lo digas. Ten todo el cuidado necesario.

A Manolo le escribo en estos días.

De mi sueldo de Coapa creo que no tengo derecho sino hasta el 31 de enero. Después no tengo sueldo y dejo de ser profesor. En todo caso don Luis sabrá algo. Yo voy a escribirle en estos días.

Salúdame a todos y de mi recibe todo mi cariño. Besos para mis hijos.

M QUIRARTE

P.D. Fui presentado a una persona que se dedica a investigaciones históricas y que habla muy bien el castellano. Me dijo que yo era el único mexicano de los últimos que han llegado a

quien podía resistir sin cansarse hablar en francés. Aun cuando sé que mi francés es bastante malo, me halaga saber que es el mejor o uno de los mejores entre los que hablan mis compañeros de estudio.



Ignacio Quirarte, 1952.

París, Francia.  
Enero 24 de 1956.

Sr. Íñigo Quirarte,  
México, D.F.

Íñigo de mi corazón:

El 24 de diciembre paseaba por las calles de este inmenso París. Me habían dicho que cerca del río Sena estaba un señor llamado el Père Noël que era amigo, un gran amigo de los Reyes Magos.

La ciudad estaba muy animada. Las gentes entraban a las tiendas y compraban muchas cosas. Los pequeños esa noche pondrían sus zapatitos esperando que papá Noel que pasea en una carroza más grande que un tranvía, les dejara juguetes.

Yo deseaba verlo, estrecharle la mano y preguntarle qué pensaba mandarte a ti y a Vicente. El gran viejo estaba muy ocupado esa noche. Lo busqué en cafés, entré en las grandes tiendas, pregunté por él y finalmente lo encontré. Vestía de rojo y llevaba un bonete del mismo color, a la espalda traía un gran costal cargado de juguetes. "*Comment ça va, mon ami Martin*", me dijo con su sonrisa encantadora.

Después me preguntó por ti y por Vicente. Dime, me dijo, si tus chicos se han portado bien. Porque si es así dentro de algunos días yo les mando unos juguetes que recibirán el 6 de enero. Me contó también que el año pasado no habían trabajado en las fábricas, que los que hacían los juguetes se negaban a trabajar, mientras los niños no estuvieran dispuestos a ser buenos. Pero el padre Noel, que siempre ha tenido un corazón de oro, les dijo que él estaba seguro de que los niños serían buenos. Y los fabricantes se pusieron de nuevo a trabajar.

Mira, me dijo el padre Noe, mi bolsa este año está casi vacía.

¿Tú crees que puedo darles mucho este año? Pero yo te prometo un regalo muy bueno para Ignacio y Vicente. Y ordené que les hicieran un auto con luces para que puedan jugar tus niños. A fines de 1956 lo mando en un gran barco y yo te prometo que el día 6 de enero de 1957 Chente e Íñigo lo tendrán temprano en su casa.

Después me dijo adiós con la más bella sonrisa que puedas imaginarte, y una carroza de oro arrastrada por caballos que tenían alas se fue al cielo para preguntarle a Dios qué niños tenían derecho a premio.

¿Verdad que es hermosa la noticia que te doy?

Regresé a casa pensando mucho en ti, con la tristeza de no haberte estrechado contra mi corazón y de no ver a tu hermanito y a mamá.

Al día siguiente sobre París lucía un sol pálido y una gran calma dominaba las almas.

Fui a los jardines cercanos al Louvre y allí me dí el lujo, el gran lujo, de estar solo, enteramente solo durante dos o tres horas.

Después quise saber cómo jugaban los niños de París. Me acerqué a una gran fuente. Los chicos reían. Traían unos buques de vela que arrojaban al agua. El viento empujaba los buques y estos se iban lejos, muy lejos. Entonces, utilizando unos hilos, los chicos los volvían a traer o los manejaban de acuerdo con su voluntad.

Más tarde me dirigí a los Campos Elíseos. Mucha gente había en las calles, como en un día de fiesta. Pero hacía frío, intenso frío y tu padre regresó pensando siempre en ustedes.

Yo me preguntaba si reías mucho, si estaban tan alegres como saliste en la foto que mandó tu mamá, y si Vicente tenía sus grandes mechones rizados.

Dale un beso a mamá en mi nombre y otro a Vicente. De tu padre recibe muchos abrazos.

M QUIRARTE

París, 17 de febrero de 1956.

Sra. Luz C. de Quirarte.  
México, D.F.

Amada Luz:

He vivido en estos días con nerviosidad propia del que quiere hacer varias cosas a la vez sin poderlo lograr. Me desespera en ocasiones escribir con la precipitación con la que hago hoy. Siento en ciertos momentos una tristeza tan honda porque soy incapaz de lograr dominar una lengua que me cuesta inmenso trabajo aprender. Creo que hay ciertos momentos en que me vuelvo autómatas y repito maquinalmente los mismos errores.

Y es la conciencia de responsabilidad que yo he tenido siempre. Y debiera alentarme el hecho que me dicen que yo soy de los que mejor hablan el francés en la Casa de México. He visto cosas tan bochornosas. He escuchado dicciones de gente que ha vivido en París más de dos años que sin embargo pronuncia peor que yo.

Me fatigo intensamente. París ejerce sobre mí un influjo tal que me siento que por momentos me aplasta. Cuando voy al centro casi tengo miedo. Y es que se pierde tanto tiempo. He tratado hasta el límite de lo posible permanecer encerrado en mi cuarto todo el tiempo que puedo. Es el mejor procedimiento. Desde el momento en que comienza uno a salir, simplemente para asistir una hora a un curso ya perdió cuatro o cinco horas. Es increíble la cantidad de tiempo que se desperdicia estérilmente.

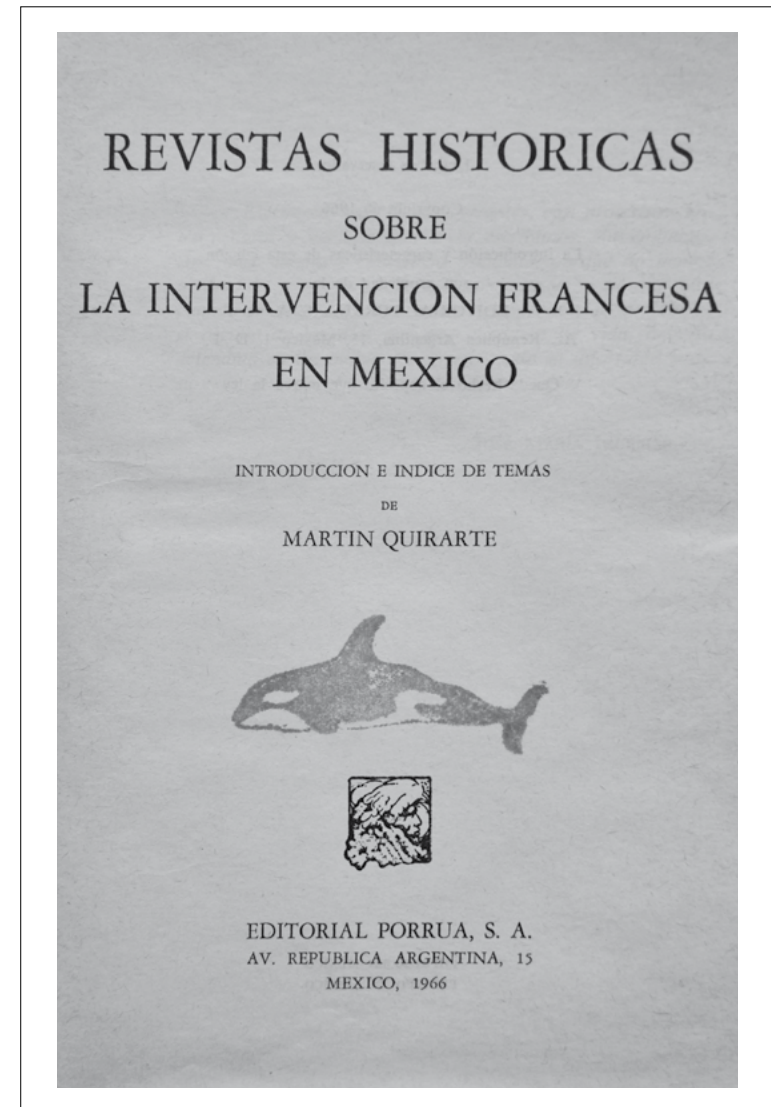
El frío sigue siendo terrible. Hace cosa de cuatro días que tuvimos nevada. Ayer hubo un poco de nieve. No ha salido el sol. Y yo estoy seguro que durante cerca de una semana no podrá fundirse la nieve que está hoy sobre el suelo. Dentro de la casa no se siente frío. Pero fuera es muy desagradable. Y como

tiene uno que salir con toda una tienda de ropa sobre el cuerpo, este ejercicio de caminata es terriblemente fatigante.

He recibido lo que pasó Manolo en máquina y una carta de él. De ustedes sin embargo no recibo carta. Yo sé que debo tener confianza absoluta en tus cuidados. Pero no deja de oprimirme el corazón la distancia. El domingo pasado permanecí toda la tarde encerrado en mi cuarto. O mejor dicho todo el día. Después sentía unos deseos tan intensos de verlos que ya no pude estudiar ni leer después de las nueve de la noche. Afortunadamente puede dormirme bien y me tocó la dicha de verlos a todos en sueños.

Yo sé que si no me cuentan todas las diabluras que hacen los niños es porque siempre escriben como yo, con gran precipitación, pero quisiera saber si ya mi Vicente habla, qué piensa Nacho.

M QUIRARTE



# REVISTAS HISTORICAS

SOBRE

## LA INTERVENCION FRANCESA

### EN MEXICO

INTRODUCCION E INDICE DE TEMAS

DE

MARTIN QUIRARTE



EDITORIAL PORRUA, S. A.  
AV. REPUBLICA ARGENTINA, 15  
MEXICO, 1966

HOMENAJE AL  
MAESTRO MARTÍN QUIRARTE  
EN SU XC ANIVERSARIO

*C*ARTAS  
DESDE EL  
MUNDO

Fue editado por el INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS  
HISTÓRICOS DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO  
La versión digital en PDF fue producida en el propio INEHRM.

Queda prohibida la reproducción, publicación, edición o fijación material de esta obra en copias o ejemplares, efectuada por cualquier medio ya sea impreso, fonográfico, gráfico, plástico, audiovisual, electrónico, fotográfico u otro similar sin la autorización previa del Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, titular de los derechos patrimoniales.

ESTE HOMENAJE  
CONTIENE TEXTOS DE

Raúl Figueroa Esquer

Eusebio Ruvalcaba

Arturo Delgado González

José N. Iturriaga de la Fuente

Martha Martínez González

José Rubén Romero Galván

Elisa García Barragán

José de Santiago Silva

Patricia Galeana

Vicente Quirarte

Integran este libro textos leídos en el homenaje a Martín Quirarte, llevado a cabo el 13 de noviembre de 2013 en que el maestro hubiera llegado al año noventa de su edad. Son testimonios de alumnos suyos que a través de los años y en su trinchera respectiva han mantenido intacto el amor por la Historia que con él aprendieron. En sus palabras se traza un retrato colectivo, una memoria personal de sus trabajos y sus días. Los textos de sus alumnos están acompañados por las cartas que el bisoño viajero, padre debutante y joven historiador escribió a los suyos entre 1952 y 1956 desde diversas partes del mundo. El tiempo ha permitido que el autor de dicho epistolario, en el momento de su escritura, sea más joven que sus alumnos. El auténtico maestro imprime sus huellas en el alma. Nos perturba y transforma y hace suyos. Nos marca para siempre. El corazón de Martín Quirarte no se ha apagado un solo instante gracias a alumnos suyos que asimilaron su lección más importante: vivir cada minuto con integridad, pasión y valentía.

